

Literatura hispanoamericana

EL AMOR ENAMORADO

Félix Lope de Vega

(1562-1635)

El amor enamorado

Félix Lope de Vega

- PERSONAS
- SIRENA, Nympha
- ALCINO, Labrador
- DAPHNE, Nympha
- SILVIA, Labradora
- BATO, Villano
- PHEBO
- ARISTEO, Príncipe de Thesalia
- PENELOPE, Río
- COREBO, Criado
- VENUS, Diosa
- CUPIDO. La Luna
- DIANA, Diosa
- JÚPITER
- LISENO, Padre De Sirena



JORNADA I

(Sale SIRENA, ninfa, huyendo)

SIRENA: Júpiter, sacra deidad,
piedad si no falta en vos,
que dejarais de ser dios
si os faltase la piedad:
blasón de la majestad 5
es tenerla aunque castigue,
y a que la espere me obligue;
que no me hubiérades hecho
para ser alma del pecho
de una fiera que me sigue. 10

No sé por dónde dilate
el pecho, de temor lleno;
¡cielos, volvedme veneno
porque al comerme le mate!

Cuando esta venganza trate, 15
justo fue si muero así;
pero, ¡qué necia, ¡ay de mí!,
a tal remedio os provoco;
que fuera veneno poco
para el que ella tiene en sí! 20

Ya, Silvia, pues no hay favor
en los dioses, montes, dadme
socorro, o precipitadme:
será piadoso rigor;
no hay muerte como el temor, 25
aunque después me la den;
peñas, encubridme bien,
creced, robles, aumentad
las ramas; ¡cielos, piedad,
mis padres matáis también! 30

(Sale ALCINO, labrador, galán.)

ALCINO: Por aquí pienso que fue;



éstas son, ¡ay suerte mía!,
de las flores que cogía,
y debe el prado a su pie.

¿Si la hallaré? ¿Si podré?... 35

¡Oh, esperanzas! ¡Oh, temores!

Pero ¿qué señas mejores
que pies de tal perfección?
aunque no sé cuáles son
las estampas o las flores. 40

¡Oh, prado, que no me des
nuevas della en tantas penas,
por donde van azucenas
las de sus hermosos pies!

Jazmín, pues morir me ves, 45

¿por dónde va mi jazmín?

Poned a su curso fin,
tenedla, campos helados,
si os queréis volver en prados,



que va corriendo un jardín. 50

Aquí cayeron ahora,
y aún con lágrimas también,
que como perlas se ven
sí pasó como la aurora;
pues si en vuestras hojas llora, 55
habla, azahar; habla, clavel;
pero ¿qué bulto es aquel
que detrás de aquella peña
más temor que cuerpo enseña,
si está mi esperanza en él? 60

¿Eres tú, Sirena mía?

¿Eres tú, mi bien?

SIRENA: ¿Quién es?

ALCINO: Quien te ha llorado después
que tu muerte presumía:
creí que muerto te había 65
el fiero animal impío;



pero fue gran desvarío,
pues ningún cuerpo vivió
después que el alma faltó;
que eres tú el alma del mío.

Desciende, mi luz, desciende. 70

SIRENA: Estoy temblando.

ALCINO: No impida
temor tus pies; que mi vida
es quien la tuya defiende.

SIRENA: Temor, Alcino, me ofende, 75
de nieve mi vuelve el pie.

ALCINO: Antes, señora, lo fue.

SIRENA: Desciendo en tu confianza,

ALCINO: Ven a alentar mi esperanza
Ya que no puedes la fe. 80

(Ella baja)

SIRENA: ¿Cómo me hallaste?

ALCINO: Seguí



las flores que habías perdido,
lenguas por donde he venido,
que me dijeron de ti.

SIRENA: ¿Las flores te hablaron?

ALCINO: Sí; 85

y no fue la vez primera,
ni fuera error, aunque fuera
para peligros mayores,
el preguntar a las flores
por la misma primavera. 90

SIRENA: Sólo tú pudieras ser
de mi corazón sosiego.

ALCINO: Pagado me has todo el fuego
en que el mío siento arder;
en la sangre puede hacer 95
esa inquietud algún mal.
¿En qué te traeré el cristal
desta fuente, que algún día



	en mis ojos le traía,	
	del alma fuente inmortal?	100
SIRENA:	Esos eran los cristales	
	que la mía estima en más:	
	voy a beber.	
ALCINO:	Beberás	
	en búcaro de corales:	
	ya que a recibirla sales	105
	para ser cristal en rosa,	
	no heredes, fuente dichosa,	
	la lisonja de Narciso:	
	pero ya tarde te aviso;	
	que es la causa más hermosa.	110
	Ya que su boca a tus hielos	
	hizo tan alto favor,	
	no dejes beber, pastor,	
	que me matarás de celos;	
	luego te convierte en hielos;	115



siendo en tu campo sereno
copa de ardiente veneno,
y agua de ámbar para mí.

SIRENA: Yo bebí, Alcino.

ALCINO: Y yo vi
el clavel de perlas lleno; 120
pero en esta envidia loca,
tu boca fue el instrumento,
y el agua mi pensamiento,
que se acercaba a tu boca.

SIRENA: Galán estás y discreto. 125

ALCINO: ¡Qué cosas hace el pensar,
si fuese en todo lugar
la imaginación efeto!

SIRENA: Puesto que me has obligado
con tal fácil desatino, 130
más que discreto, mi Alcino,
te quisiera enamorado.



(Salen DAFNE, ninfa, SILVIA y BATO, villanos rústicos.)

DAFNE: ¿Qué tú la viste?

BATO: Alahé,

 que la vi subido en somo

 de un cerro, y que tiene el lomo, 135

 que de conchas no se ve.

 ¿No habéis visto la corteza

 de un jaspe? Tal es la piel

 como que arrojó el pincel

 sobre la naturaleza; 140

 como murciélago son

 las alas, y llenas de ojos

 verdes, dorados y rojos,

 sin ser ruedas de pavón;

 en lo que es dellas más tierno, 145

 estrellas se dejan ver

 de plata, si puede haber

 estrellas en el infierno;



	en la reverenda cola,	
	bien puede, Dafne, caber	150
	la tienda de un mercader:	
	¿qué digo una tienda sola?	
	¡Voto al sol, toda una praza!	
SILVIA:	Entre las gracias de Bato,	
	como le cuesta barato,	155
	es mentir con linda traza.	
BATO:	Luego ¿tampoco creerás	
	que tien la barriga verde	
	en redondo, Dios me acuerde,	
	cuarenta varas y más?	160
SILVIA:	¡Qué graciosa impertinencia!	
	¿Cómo se puede saber?	
BATO:	Un sastre lo dijo ayer,	
	hombre de buena conciencia,	
	que le tomó la medida	165
	para hacelle mi verdugado.	



DAFNE: Silvia, a mí me da cuidado
o verdadera o fingida:
y la cara ¿cómo es?

BATO: Eso no es cosa tan fea; 170
mas no hay hombre que la vea
que pueda vivir después;
un reinoceronte es nada,
es un peñasco de hielos,
es una mujer con celos, 175
es una suegra enojada;
un pedregoso barranco
es la frente, y tien por crin
las cerdas de un puerco espín
labradas de negro y branco; 180
la nariz como guadaña,
y los ojos dos incendios
cercados de escolopendrios
en vez de ceja y pestaña.



SILVIA: Dafnes, el miedo sería 185
 quien a mentir le provoca.

BATO: Tres varas tiene de boca.

SILVIA: ¿Tres varas?

BATO: Si cada día,
 como a los ganados venga, 190
 se almuerza cuatro cochinos
 y diez corderos añinos,
 ¿qué boca quieres que tenga?
 Ayer se comió un pastor,
 que le alcanzó de una encina.

DAFNE: ¡Ay dioses, tanta rüina 195
 tanto mal, tanto rigor!
 ¿Es Sirena aquélla?

SILVIA: Sí,
 y Alcino el que está con ella.

DAFNE: ¡Mi Sirena!

SIRENA: Dafne, bella,



	¿A dónde vais por aquí?	200
DAFNE:	Amaneció con el día esta serpiente cruel en el prado; y como en él tan poco reparo había, venimos al monte huyendo	205
	Bato, Silvia y yo.	
ALCINO:	La tierra se despuebla, y en la sierra van las aldeas haciendo una ciudad populosa.	
DAFNE:	Pues tanto sabes, Alcino, ¿por qué culpa o qué destino esta sierpe venenosa vino a Tesalia?	210
ALCINO:	Anteayer contaba un sabio pastor la causa deste rigor.	215



DAFNE: A todos harás placer
en referir lo que sabes.

ALCINO: Diré, Dafne, lo que sé,
que de Doristo escuché
y de otros pastores graves. 220

Después que el alto Jove omnipotente,
de aquel abismo en sombras sumergido
sacó el mundo invisible, y el presente
por tantos siglos en eterno olvido,
dos causas, la materia y la eficiente, 225
estaban para ser, no habiendo sido,
en acto aquésta y en potencia aquélla,
y entre las dos naturaleza bella.

Una era cielo en altos movimientos,
y otra era tierra en firme compostura; 230
mas como dividió los elementos,
salió la luz resplandeciente y pura:
fúlgida antorcha obscureció los vientos,



globo de plata la tiniebla obscura,
bordaron el zafir diamantes claros, 235
del siempre cano mar brillantes faros.

La verde tierra, ya del fruto amago,
se entapizó de hierbas y de ramas,
cubriendo en agua el ara y viento vago,
al fénix plumas y al delfín escamas; 240
no conocían el horrible estrago
de Marte fiero, y sus ardientes llamas,
los hombres que en la edad de oro vivían,
ni en los comunes términos partían.

Tras ésta, la de plata y la de cobre, 245
en que va comenzaba la malicia
y molestar con fuerza el rico al pobre,
volviéndose a los cielos la justicia:
no permiten, airados, que la cobre,
creciendo la maldad y la codicia, 250
en la de hierro, con que vio la tierra



hurto, traición, mentira, incendio y guerra.

De los gigantes, el mayor, Tifonte,
subir intenta a la región divina,
poniendo un monte encima
de otro monte, 255
a quien airado Júpiter fulmina;
después, con más rigor, todo horizonte
cubrir de tantas aguas determina,
que el alto extremo, exento al aire y hielo,
apenas viese del Olimpo el cielo. 260

Soberbia tempestad la tierra inunda;
las nubes ríos, las estrellas fuentes;
témlase el cielo, y su piedad redunda
en dar nuevos al sol rayos lucientes:
volvió la tierra a ser la vez segunda, 265
y se dejó pisar de sus vivientes,
produciendo más fértiles al hombre
cuantas naturalezas tienen nombre.



Entre las fieras hórridas famosa,
que entre los partos de la tierra estimo 270
por la más estupenda y prodigiosa,
tanto, que aun a pintarla no me animo,
nació Fitón, serpiente venenosa,
del gran calor del sol y húmido limo,
tanto, que por la parte se corría 275
que en su disforme producción tenía.

Esta destruye la Tesalia ahora,
cuya fama cruel el mundo admira
por cuanto ilustra la oriental aurora,
y donde el sol en negra sombra expira: 280
ganados despedaza, hombres devora,
y Júpiter airado, que los mira,
mientras que más sus aras vuelven jaspe,
más duro está que bárbaro arimaspe.

(Dentro gran ruido de silbos y hondas, diciendo:)

¡Huid, pastores, huid, 285



que descende de la cumbre
del monte la sierpe al valle!
¡Todo lo tala y destruye!
¡Huid!

DAFNE: ¡Ay, Júpiter santo!

BATO: De esta vez, Silvia me sume 290
Fitón en su oscuro vientre.

SILVIA: ¡Huye, Bato!

SIRENA: ¡Dafne, huye!

ALCINO: ¡Por aquí, Sirena!

SIRENA: ¡Ay, triste!

(Tropezando los unos en los otros huyen, quedando BATO en el suelo.)

BATO: No hay cosa que no me ocupe
frío temor: ¡muerto soy! 295
Ceres y Baco me ayuden.

(Sale FEBO con su arco y flechas.)

FEBO: De mi cuarta esfera al suelo



bajo, penetrando nubes,
 a los montes de Tesalia,
 que tristes voces confunden; 300
 quejas de un fiero animal,
 envueltas en llanto suben
 a mis dorados palacios;
 su luz eclipsan y cubren.
 Deje el carro a discreción 305
 de Flegón y Etonte; alumbren
 el mundo, y las ruedas de oro
 la región etérea sulquen;
 que basta que el primer móvil,
 que tantos Cielos incluye. 310
 desde la aurora los lleve
 donde su término cumplen,
 hasta que en sueño y silencio
 la obscura noche sepulte,
 a las sierras, soledades, 315



y a los hombres, pesadumbres.

Tomé el arco, y las saetas

pintadas al hombro puse,

antes que otro de los dioses

tan alta hazaña me usurpe; 320

que la envidia y la ambición

no hay cosa que no perturben,

así en imperiales solios,

como, en pajizas techumbres.

Voy en busca de la fiera; 325

mas ya la tierra descubre

uno de los hombres muertos,

por donde le siga y busque;

pero no lo está del todo.

¿Vives, hombre?

BATO: ¡Venus dulce, 330

Febo dorado, favor!

FEBO: Alza el rostro, no te turbes.



BATO: ¿Qué quieres, señora sierpe?

FEBO: Hombre, escucha.

BATO: ¿Que la escuche?

 Esta vez, por el pescuezo 335

 al estómago me engulle.

FEBO: ¿Estás herido?

BATO: ¿No ve

 la sangre que se me escurre

 qué arromadizada viene?

FEBO: Oye, necio.

BATO: No me hurgue; 340

 que cosquillas de una sierpe

 no hay hueso que no machuquen;

 cómame junto, por Dios,

 pero no me despachurre;

 manido estoy, no haya miedo 345

 que la haga mal en el buche.

FEBO: Si estás herido, yo soy



el primero que compuse
aforismos medicables;
muestra el pecho, ¿qué rehuyes? 350

BATO: ¡Ay, que me muque, señores!
¡Ay, señores, que me muque!

FEBO: Levanta, bestia.

BATO: ¿No es sierpe?

FEBO: ¿Aun no dejas que te cure?
Medico soy.

BATO: Tarde viene: 355
No eh menester que me purgue.

FEBO: ¿No estás herido?

BATO: Yo no;
que estas verdes alegustres
donde huyendo tropecé,
de no le ver me disculpen. 360

FEBO: ¿Por dónde va Fitón?

BATO: Señor, no me lo pregunte:



así Dios le dé salud.

FEBO: Villano vil, no te excuses,
Que tú me la has de enseñar. 365

BATO: ¿Yo cómo, si nunca supe
por adónde van las sierpes?

FEBO: No hayas miedo que te injurie
yendo conmigo; que soy
Febo, el autor de la lumbré 370
celestial; yo soy Apolo.

BATO: Señor Pollo, el que nos hunde
a rayos en el verano,
y en el invierno se escurre;
por acá los labradores 375
se quejan que no madure
las cosas cuando es sazón,
que unas cría y otras pudre;
y también los segadores,
que dicen que los aturde, 380



porque no hay vino que beban,
que al momento no le suden.

FEBO: Camina, ignorante, y dime,
antes que Fitón se oculte,
dónde le tengo de hallar. 385

BATO: Mire, señor, que se aburre,
porque se le ha de mamar
como a higo por Octubre;
tenga lástima a sus años,
porque dan las juventudes 390
dolor si en agraz se van.

FEBO: Camina.

BATO: A mí no me culpe,
pues él por fuerza me lleva;
pero diga, así se enjague
de las aguas del invierno 395
entre sus martas azules,
si es sol que todo lo ve,



¿no es necedad que procure
que yo le enseñe la sierpe?

FEBO: ¡Villano, no me disgustes! 400

Ahora soy cazador;
saetas llevo, y no luces,
con que deste al otro polo
no hay cosa que dificulte.

Ven sin temor; que me aflige 405

ver lo que esta tierra sufre:
que sólo es digna de Febo
una hazaña tan ilustre.

(Salen ARISTEO, Príncipe de Tesalia, y COREBO, criado.)

COREBO: No está lejos Vuestra Alteza
de la gruta donde vive. 410

ARISTEO: Ya mi pecho se apercibe,
Dafne hermosa, a tu belleza,
honor de naturaleza
y gloria de mi deseo;



que no ha de negar Peneo, 415

aunque tan ilustre río,

su hija a mi amor, por mío,

y a mi ser por Aristeo.

Príncipe heredero soy

de Tesalia. ¿A quién pudiera 420

dar su hija que fe diera

la nobleza que le doy?

¡Perdido por ella estoy!

COREBO: Bien, señor, lo manifiestas.

ARISTEO: Vi, Corebo, en unas fiestas 425

a Dafne, donde excedía

cuantas damas aquel día

las adornaron compuestas;

como el diamante al rubí,

como la rosa a la flor, 430

y el ámbar a todo olor,

vencer a todas la vi:



todos los sentidos di
al primero movimiento;
y viendo mi entendimiento 435
tan dulce imaginación
solicitó su atención
por la vista el pensamiento.

Rendíle, en fin, por los ojos
cuanto supo y pudo amor, 440
como suele al vencedor
el rendido los despojos;
mas creciendo los enojos
de una pena tan suave,
rompió el secreto la llave. 445

COREBO: Esta es la cueva, señor.

ARISTEO: La esperanza de mi amor,
Hoy, en posesión acabe.

(Descúbrese el río PENEÓ en su gruta.)

¡Oh! Tú, famoso e ínclito Peneo,



que entre el Olimpo y Osa 450

riegas el Tempe, que con pies de rosa

recibe tu cristal en su deseo:

escucha atento al Príncipe Aristeo,

si no perturba el aire hasta tu oído

de las sonoras aguas el rüido; 455

levanta la cabeza, coronada

de tantas varias flores, y la copia

de fructíferas ramas esmaltada,

digno blasón de tu grandeza propia.

El Nilo por Egipto y Etiopía, 460

el Gange por la India, y cuantos sorbe

el mar por todo el orbe,

te rindan vasallaje.

PENEO: Mi Aristeo,

ese te debe sólo a ti Peneo.

ARISTEO: Ya sabes, claro río, 465

a que me trae el pensamiento mío.



PENEO: Tendrème por dichoso
 en que mi yerno seas,
 pues de Dafne deseas,
 príncipe, ser esposo, 470
 y ella también será con estas bodas
 hermosa reina de las ninfas todas
 que habitan mi ribera;
 vuelve a tu casa y confiado espera.
 que en sabiendo su gusto, pues es justo, 475
 te la dará mi amor con mayor gusto.

ARISTEO: De la nobleza de tu heroico pecho
 partiré satisfecho;
 que no es razón que un río semideo
 pueda volver atrás.

PENEO: Parte, Aristeo; 480
 porque, entre cuantas cosas tienen nombre,
 los ríos solamente
 nunca vuelven atrás de su corriente;



ejemplo para el hombre,
si es hombre el que no cumple lo que dice. 485

ARISTEO: El cielo te prospere de aguas puras.
¡Oh dulce auspicio de mi amor felice!
¡Oh tiempo, pues por todo te apresuras,
pasa por mí veloz con alas nuevas, 490
pero en dándome a Dafne no te muevas!

(Él se va por una parte, y DAFNE entra por otra, y SILVIA.)

DAFNE: Gente de la ciudad, Silvia: ¿qué es esto?
¿y con mi padre hablando?

SILVIA: Estarán por ventura consultando
tu casamiento.

DAFNE: Siempre fue molesto
ese cansado nombre a mis oídos. 495

SILVIA: Pues ¿qué galanes?

DAFNE: Menos que maridos.

SILVIA: No parece mujer, pues en naciendo,
ese nombre les abre los sentidos,



ni viven otra cosa persuadiendo
a sus padres jamás.

DAFNE: Pues yo no entiendo 500
darle esa pesadumbre.

PENEO: ¡Dafne mía,
escucha!

DAFNE: ¡Oh padre mío!

PENEO: ¿Vienes a lo que el Príncipe venía?
Merece amor, cuidado ha sido justo,
puesto que más en esta parte fío 505
de tu elección que de mi propio gusto.

Él es el heredero
de Tesalia y de Marte,
en cuya militar doctrina y arte
al mas ejercitado le prefiero. 510
¿Qué respondes?

DAFNE: Amado padre mío,
bien sabes que a las selvas me desvíó,



huyendo, así de dioses como de hombres,
no sólo las personas, mas los nombres.

Yo soy ninfa del coro 515

de la casta Diana;

perdona si el respeto, si el decoro
por ley divina y obediencia humana
debido a obligaciones naturales,

fuera de prendas tales, 520

te pierdo, pues no puedo obedecerte.

PENEO:

¿Cuando esperaba de Tesalia verte,

Dafne, reina y señora, y que me dieras

nietos que en mis riberas

los viera yo mancebos, 525

ya Martes, y ya Febos,

correr gallardos persiguiendo fieras,

inobediente y loca me respondes?

¡Qué bien al grande amor que me has debido,

y a tus obligaciones, correspondes! 530



Pues no me verás más.

DAFNE: ¡Padre querido!

Metióse entre las ondas, y cubrióse
de un pabellón de plata.

SILVIA: Entre las aguas va diciendo: «¡Ingrata!»
con murmurar sonoro.

DAFNE: ¿Permitióse, 535
Silvia, jamás a ninfa de Diana
que se casase?

SILVIA: Que es locura vana
esto de ninfas: la naturaleza
hizo para los hombres la belleza
por aumentar el mundo. 540

DAFNE: Si un hombre fuera Júpiter segundo,
rey del supremo imperio,
o por este hemisferio
tuviera la belleza de Narciso,
le tuviera en los céspedes que piso: 545



aborrezco los hombres, esto es cierto.

SILVIA: Enojarás a Venus.

DAFNE: Yo te advierto
que della, y de su hijo mal nacido
no se me da...

SILVIA: Detente, que Cupido
es un dios que a los dioses inmortales 555
hace temblar.

DAFNE: Sus bienes y sus males
son para gente loca, ociosa y vana:
yo soy ninfa del coro de Diana.

SILVIA: ¡Oh, tanto coro y tanto dianizarte!

DAFNE: ¡Váyase Venus a casar con Marte!

(Baje VENUS.)

VENUS: Dafne, entre cuantas ninfas
viven estas verdes selvas,
tan soberbia como hermosa,
y como hermosa soberbia:



¿qué blasonas, qué presumes, 560
 ingrata a naturaleza,
 que no crió a la hermosura
 para vivir entre fieras?
 ¿Sabes que soy de quien hablas?
 ¿Sabes que los dioses tiemblan 565
 del menor rayo une influya
 mi dulce amorosa estrella?
 ¿Sabes que es mi hijo Amor?
 ¿Sabes que en las almas reina?
 ¿Sabes que no se resiste 570
 pecho mortal de sus flechas?
 ¿Sabes que aquella armonía
 que el cielo y tierra gobierna
 es Amor? ¿Sabes que están
 pendientes de su cadena 575
 los elementos que pone
 en paz de su eterna guerra?



¿Sabes que es concordia Amor,
y que el cielo se sustenta
en paz, moviendo sus orbes 580
concertada inteligencia?

¿Por qué el matrimonio huyes,
pues tu mismo ser te enseña
que alma y cuerpo están casados
como el agua con la tierra? 585

¿Qué fiera corre este campo,
qué ave en el aire vuela,
que hasta tener compañía
viva contenta y quieta?

¿Burlas mis razones, Dafne? 590
¿Risa en mi propia presencia?

Pues ¡por Júpiter sagrado...

DAFNE: No prosigas, aunque sea
atrevimiento al respeto
debido por ley eterna 595



a las celestes deidades,
 porque no has de hacer que tema
 ni de tu estrella los rayos,
 ni de tu hijo las flechas.
 Yo sirvo y amo a Diana; 600
 si eres diosa, diosa es ella
 que templará como luna
 cuanto abrasares cometa,
 voyme a buscar, sin temerte,
 la soledad de las selvas; 605
 que más que escuchar los hombres,
 estimo el tratar con fieras.

(Vase)

VENUS: ¿Hay atrevimiento igual?
 SILVIA: Señora, aunque voy con ella,
 no soy tan bárbara y loca; 610
 suplícole que me tenga
 en posesión de mujer



para cuanto me acontezca;
y sepa Su Majestad
que ninguna cosa llega 615
a ser más mal empleada
que hermosura en mujer necia.
¿A los hombres quiere mal?
Que la imite no lo creas.
¿Qué me han hecho a mí los hombres 620
porque yo los aborrezca?

(Vase)

VENUS: Con razón quedo corrida.
¡Amor, amor!

(Sale CUPIDO con arco y flechas: harále mujer, en hábito corto y bizarro.)

CUPIDO: Dulce reina,
dulce madre, dulce diosa,
dulce llama, dulce estrella. 625
¿Qué me mandas?



VENUS: No estoy yo
para que tan tierno vengas,
puesto que te doy los brazos.

CUPIDO: Soy amor, hablo en mi lengua:
mas ¿quién te ha dado ocasión 630
para el enojo que muestras?

VENUS: Una ninfa de Diana,
un hielo, un alma de piedra,
aquí con mil libertades,
de nuestra deidad blasfema, 635
de nuestro poder se ríe,
de amar los hombres se afrenta.

No eres mi hijo, Cupido,
ni permito que me debas
las alas de que formaste 640
las plumas de tus saetas;
pondré el amor en tu hermano,
no dejaré que me veas



eternamente la cara,
si de Dafne no me vengas. 645

CUPIDO: Conozco a Dafne; hoy haré
que de amores enloquezca;
haréla llorar de celos,
haré que con tristes quejas
y lágrimas rompa el aire, 650
y el seco prado humedezca;
no ha de vivir sólo un punto
con quietud.

VENUS: Venganza fuera
fácil; mas temo a Diana,
que luego me dice afrentas, 655
mis adulterios infama,
y la red de hierro alega
con la risa de los dioses
cuando me vieron en ella
con el dios de las batallas; 660



también dice que en la tierra
quise a Adonis, que hoy es flor,
y que lloré la tragedia
del sangriento jabalí
entre las mirras sabeas 665
de los campos orientales.

CUPIDO: Pues ¿cómo quieres que emprenda
tu venganza?

VENUS: Enamorando
della a quien ella no quiera.

CUPIDO: Ya sabes, madre y señora, 670
que el Amor tiene dos flechas:
una de plomo, otra de oro;
la de plomo es cosa cierta
que causa aborrecimiento;
hiriendo a Dafne con ella, 675
y con la de oro algún dios,
ten por segura la fuerza,



porque al supremo poder
no puede haber resistencia.

VENUS: Será discreta venganza. 680

CUPIDO: Pues si es venganza discreta,
ata con cintas de nácar
el carro de oro las bellas
palomas de jazmín puro;
vuelve a tu luciente esfera, 685
que yo la pondré por obra.

VENUS: De aquellas rosas que engendra
el sacro monte Pangeo,
producidas de mis venas,
te prometo una guirnalda. 690

CUPIDO: Si Juno, si Palas fuera,
te han de rendir vasallaje.

VENUS: Guardaos, mujeres soberbias;
que anda enojado el Amor:
amad, o temed sus flechas. 695



(Salen FEBO y BATO.)

BATO: ¿Viste la serpiente?

FEBO: Ya vi
el fiero animal gigante.

BATO: Pues si le tienes delante,
déjame volver a mí.

FEBO: Quiero que seas testigo 700
de que la sierpe maté.

BATO: Sin verlo lo juraré
y sin que vaya contigo,
al uso, de la ciudad,
adonde hay tantos que juran, 705
que escriben y que procuran
lo que nunca fue verdad.

FEBO: Júpiter, que mira el suelo,
les dará justo castigo.



BATO: No teme el falso testigo 710

a Júpiter ni a su cielo.

FEBO: Súbete a ese monte, Bato,

y estarás seguro en él.

BATO: Ya silba el monstruo cruel,

del mismo infierno retrato. 715

Huid las sangrientas garras

de Fitón, ninfas, huid;

pastores, trepad, subid

por esas pardas pizarras;

ya se acerca.

FEBO: Ya silba el monstruo cruel,

del mismo infierno retrato.

Huid las sangrientas garras

de Fitón, ninfas, huid;

pastores, trepad, subid



por esas pardas pizarras;

ya se acerca.

(Sale la sierpe echando fuego.)

Vertiendo fuego me espera:

¡Júpiter, dame favor! 725

BATO: Mátales presto, señor

FEBO: Yo haré que a mis manos muera;

cumplió el cielo mi esperanza;

bizarro tiro: cayó.

BATO: ¡Voto al sol, que le acertó 730

por la mitad de la panza!

FEBO: Baja, Bato; que ya está

vertiendo sangre en el prado.

BATO: Aun no estoy asegurado

hacia la cueva se va. 735

FEBO: Cortaréle la cabeza



para ponella en el templo
de Diana.

BATO: Sois ejemplo
de valor y fortaleza.

Ninfas, pastores, bajad 740
de los montes a los prados:
los escondidos ganados
por el valle apacentad;

ya puede el rojo arrebol
dorar la cándida lana 745
desde la fresca mañana
hasta que se ponga el sol;
ya con las flechas felices
rompió sus manos feroces.

(Salen DAFNE, SIRENA, SILVIA y ALCINO.)

DAFNE: Bato, ¿de qué son las voces? 750



SIRENA: Bato, ¿qué victoria dices?

ALCINO: ¿Tú alegre en esta ocasión?

SILVIA: ¿Tú sin miedo?

BATO: Sí, alahé;
 pues ¿no queréis que lo esté?,
 si Febo ha muerto a Fitón? 755

DAFNE: ¿Muerto?

BATO: Y cortándole está
 la cabeza.

ALCINO: Digna hazaña
 de un dios.

SIRENA: De la montaña
 bajan los pastores ya.

DAFNE: La fama, desde nosotras, 760
 con mil lenguas importunas,
 quita los ecos de unas



para ponerlos en otras;
ya se junta todo el valle
para dalle el parabién. 765

BATO: Ya vuestros ojos le ven.

SILVIA: ¡Lindo aspecto!

ALCINO: ¡Hermoso talle!

(Sale FEBO con la cabeza.)

Hincaos de rodillas todos.

SILVIA: Bato, de rodillas ponte.

BATO: Desde lejos, que aún la temo; 770
verá qué hocico y cogote
que tenía el buen Fitón.

FEBO: Venid seguros, pastores,
que el arco de Febo ha muerto
la destrucción de los montes, 775
el incendio de los valles



y el veneno de los bosques,
para que su protector
de hoy más Tesalia me nombre.

ALCINO: Libertador de la patria, 780
por eternos siglos goces
la gloria de tanta hazaña.

DAFNE: Tú solo mereces nombre
de vencedor inmortal.

SIRENA: A tus pies, Febo, se postre 785
cuanto por el cielo ilustras,
cuanto alumbras por el orbe.

SILVIA:

A tus sacras aras, Febo,

ofrezcan mirras y aloes

los más apartados indios.

790

BATO: En grandes obligaciones
nos ha puesto su mercé;

Dios se lo pague y le torne
con bien de cualquier camino
que vaya del Sur al Norte; 795
que cierto que mos comía
ese maldito serpoche
en montañas y en aldeas,
los ganados y los hombres,
ni mos quedaba cochino, 800
aunque su mercé perdone,
que en verdad que los perniles
bien merecen que se nombren;
ni cabritos, ni terneras,
ni conejos, ni pichones, 805
ni mondonguinos, ni gansos;
pues gallinas, diez o doce,
sin pedir una toalla



ni un panecillo, zampóse
de un espetón muchas veces, 810
sin que las plumas lo estorben:
pues lo que es leche no es nada
aunque lo cuente a la postre:
de veinte o treinta calderas,
apenas dejaba el cobre. 815

*(Dentro relinchos; pastores y pastoras, con instrumentos,
cantando y bailando, y CUPIDO detrás de ellos.)*

A la gala de Febo
cantad, pastores,
y coronen sus aras
rosas y flores.

UNA VOZ: Del claro Peneo 820
las verdes riberas,
de Arcadia los bosques,
de Tempe las selvas,



a ofrecerle vengan

precisos dones, 825

y coronen sus aras

rosas y flores.

CUPIDO: Invisible entre esa gente

rústica, bárbara y pobre,

me trae una noble envidia 830

de ver que a Febo coronen

por disparar una flecha,

pues de todo su horizonte

no queda pastor o ninfa

que no le celebre y loe. 835

¡Qué vanaglorioso está!

¡Qué soberbio se antepone

a las deidades celestes!

FEBO: Entre estas peñas y robles



un templo tiene mi hermana, 840

la hermosa Diana, adonde
descansa cuando en las selvas,
fieras sigue, ciervos corre;
porque es Diosa de la caza,
y porque Arcadia la invoque, 845
la cabeza de Fitón
quiero que su templo adorne.

ALCINO: Ya, de tu victoria alegre,
los blancos velos descoge.

*(El templo se abra, y se vea DIANA en altar con un venablo y
un perro al lado, como la pintan.)*

FEBO: Entre tus sacros trofeos. 850
permite, Diosa triforme,
que a tu noble templo ofrezcan
pastores y cazadores,
tenga lugar esta fiera,



	porque no es justo que honre	855
	otro altar victoria mía.	
DIANA:	Febo, tan grandes favores	
	sólo mi amor los merece;	
	cuantos tigres y leones	
	tiene el Asia, cuantas fieras	860
	y armados rinocerontes,	
	no pudieran ser despojos,	
	ni en todo el mundo mayores,	
	que de Fitón la cabeza;	
	esta ilustre y sobredore	865
	los demás triunfos y ofrendas	
	con que mis aras componen;	
	cuando en las selvas Diana,	
	y cuando Luna en la noche,	
	a honrarme vendré con gusto	870



de una fiera tan disforme.

FEBO: No por lustros y olimpiadas,
pastores, de hoy más se note
mi triunfo, sino por años;
mirad que esta ley impone 875

Febo en premio desta hazaña
porque mi victoria logre
la memoria que merece;
y quiero que nombre tomen,
estas fiestas que instituyo 880

de Fitón, juegos fitones.

Daré premio a los que fueren
ya en la lucha los mejores,
ya en correr, ya en hacer versos,
en otras gracias conformes 885

la fiesta de aquel día.



ALCINO: ¡Viva Febo!

BATO: A Marte asombre
este triunfo.

SIRENA: ¡Víctor, Febo!

DAFNE: Cantad y ofrecedle flores.

(Cantan)

A la gala de Febo 890

Cantad, pastores, etc.

(Todos se van cantando; quedan FEBO y CUPIDO.)

FEBO: ¿Ha llegado ningún dios,
de cuantos sobre las torres
cristalinas de los cielos
tienen asiento en sus orbes, 895
a tanta fama, a tal gloria,
a tal triunfo, a tanto nombre?
Vulcano es un vil herrero,



¿qué importa que rayos forje?

Mercurio un tratante humilde, 900

estafeta de la corte

de los dioses celestiales;

pues Marte, de que interrompe

la paz del mundo se alabe,

y de formar escuadrones, 905

rizar plumas, limpiar armas,

lanzas, espadas y estoques;

pues Neptuno, con sus vientos

y sus delfines veloces,

¿quién puede ser?

CUPIDO: Yo no puedo, 910

Febo, sufrir que blasones,

afrentando las deidades,

ni que a presumir te arrojes



por una hazaña tan vil,
que cuando a esta tierra importe, 915
más fue acierto que valor.
¿Quieres que todos te adoren
cuantos en Tesalia viven
con dioses, que protectores
tuvieron por tantos siglos, 920
y no es bien que los provoques?
Vete a matar liebres viles,
si cazador te dispones,
y si sol, a ver hazañas
que de mi valor te informen; 925
que yo, de los dioses todos
el menor, si a mí me escogen,
humillaré tus soberbias,
vengaré tus sinrazones,



haré...

FEBO: Detente, rapaz, 930

si no quieres que de un golpe
deje sin Amor el mundo.

CUPIDO: ¿Tú a mí? Mal me conoces.

FEBO: Sí conozco: ¿no eres tú
el que inventó las traiciones, 935

los agravios, las bajezas,
las guerras, los tratos dobles,
los adulterios, los celos,

y otras tantas invenciones,
con que no hay cielo que dejes, 940

ni tierra que no alborotes?

¿No eres tú el hijo de Venus,
dama que vivió sin orden
en Chipre por tantos años?



	No dudes de que te sobren	945
	padres nobles y plebeyos:	
	el que quisieres escoge.	
CUPIDO:	¿Fue la tuya más horrenda,	
	cuyas peregrinaciones	
	sabe Delfos, y las cantan	950
	las ranas con roncas voces,	
	trocando en pellejos verdes	
	sus labradores capotes?	
	¿Qué respondes?	
FEBO:	Por muchacho	
	no te arrojó, niño enorme,	955
	desotra parte del cielo.	
CUPIDO:	Poco a poco y no me apoques:	
	¿qué gigantes fulminaste?	
	¿Qué rayos tiraste entonces,	
	que tales soberbias dices?	960



Si matar fieras feroces
es gloria, mayor será
matar las almas de amores.
¿Es blasón rendir las fieras,
más que herir los corazones? 965
Tú flechas visibles tiras,
yo invisibles, tan veloces
que no hay resistencia humana
que su ejecución estorbe.
Mira tú: del arco y flechas, 970
¿quién puede con más razones
blasonar?

FEBO:

Mira, Cupido:
dejando aparte que pones
fuego al mundo, que disculpa
neciamente tus errores, 975
tus tragedias y venganzas,
de que a los hombres despojes



de su libertad, no arguyo
tu valor.

CUPIDO: Eso respondes:
pues ¿qué animal es igual 980
al hombre?

FEBO: Los que te acogen
son hombres desocupados
que viven en ocio torpe:
¿qué virtudes has vencido?

CUPIDO: No quiero afrentar los dioses 985
ni cansarte con ejemplos.
¿Tú no te precias de noble,
de sabio y valiente?

FEBO: Sí.

CUPIDO: Y si te hiciese que llores
de amor, ¿qué dirás?

FEBO: ¿Yo?

CUPIDO: Tú 990



FEBO: Vete, infame, y no me enojés.

CUPIDO: A la prueba, y sean testigos
esos cielos que nos oyen.

FEBO: Tengo impenetrable el alma.

CUPIDO: Yo soy rayo.

FEBO: Yo soy bronce. 995

CUPIDO: Yo te haré, cera.

FEBO: Soy sol.

CUPIDO: Si eres sol, serás Faetonte;
que para fuerzas de amor,
ni valen hielos ni soles.



JORNADA II

(Salen VENUS y CUPIDO.)

VENUS: ¡Oh, qué bien me obedeciste!

En obligación te estoy;

gracias, Cupido, te doy

del cuidado que tuviste:

alta venganza me diste 5

si, después que me partí,

Dafne se burla de mí,

y a su Diana siguiendo,

por las selvas anda huyendo

de los hombres y de ti. 10

Gustarás de que me afrente

con soberbia presunción,

y te haya dado ocasión

para ser inobediente.



¿En qué estrella, en qué accidente 15

consiste que, sin temor,

sea para mí rigor,

ira, desdén y aspereza,

el que por naturaleza

es para todos Amor? 20

Quien tantas almas enciende

de mi hijo no se alabe,

pues que vengarme no sabe

de una mujer que me ofende.

Por toda Arcadia se extiende, 25

de Febo la ilustre fama,

que lo que sabes te llama,

porque dio muerte a una fiera;

y tú, como si lo fuera,

tiemblas de ver una dama. 30

¡Vive Júpiter sagrado,

que estoy de pura tristeza

por quebrarte en la cabeza
el arco mal empleado!
Dime, cobarde y armado, 35
dime, desnudo y valiente,
¿cómo aquel valor consiente,
que con tu sangre te di,
que Febo te venza a ti,
y que a mí Dafne me afrente? 40

CUPIDO: Infamas sin ocasión
mi cuidado, madre mía;
que no ha sido cobardía
sino aguardar ocasión:
yo daré satisfacción 45
a mi agravio y tus enojos,
y por esos bellos ojos,
dulce estrella del aurora,
que ha de ser antes de un hora
Dafne de tus pies despojos: 50



yo, que sin guardar decoro,
a Júpiter transformé,
por Leda, en cisne, y mudé,
por la bella Europa, en toro:
vete, que el plomo y el oro 55
hoy te dirán si me atrevo;
que por lo que a ti te debo,
y la parte que me alcanza,
tendrás de Dafne venganza
y yo la tendré de Febo. 60

VENUS: ¿Dasme la palabra?

CUPIDO: Doy
a tus ojos celestiales.

VENUS: Pues por humildades tales
mis brazos te doy, y estoy
tan satisfecha, que voy, 65
como pudiera vengada,
contenta y desenojada.



(Vase)

CUPIDO: Tú, principio de mi vida,
como me mandas servida,
como mereces amada. 70

Selvas de Arcadia, montes y riberas,
yo soy Amor; mi madre me ha reñido;
de hoy más, todo mortal guarde el sentido;
que no he de perdonar aves ni fieras.

Tú, que las plantas, al correr ligeras, 75
por las sendas estampas del olvido,
presto verás, habiéndome ofendido,
lo que va de las burlas a las veras.

Hoy has de aborrecer, y ser querida;
y tú, vanaglorioso Febo, advierte 80
que no te importa ser fitonícida.

No pienses libre de mis flechas verte,
porque de cuantas cosas tienen vida,
sólo no supo qué es amor la muerte.



(Dentro ruido de pastores, y sale BATO.)

BATO:	Desgraciado en premios soy:	85
	si el cielo premios lloviera,	
	ninguno a mí me cupiera;	
	por desesperarme estoy.	
	¡Oh, tiempo, no sé por quién	
	eres a mi premio ingrato!	90
	Todos alaban a Bato,	
	pero nadie le hace bien.	
	¿De cuál peñasco arrojado	
	me dará fin este río,	
	que aun de morir desconfío,	95
	según nací desdichado?	
	Este es bajo, éste eminente,	
	éste aún no me da lugar;	
	tal estoy, que no he de hallar	
	peñasco que me contente.	100
	Un mancebo viene allí.	



CUPIDO: Dime, que el cielo te guarde,
pastor, ¿qué fiesta esta tarde
celebra el Arcadia aquí,
que tanta gente se junta? 105

BATO: Deciros la causa quiero;
que parecéis forastero
en el traje y la pregunta:
dio Febo muerte a Fitón.

CUPIDO: ¿Qué Febo?

BATO: El nacido Delo, 110
el que lleva por el cielo
el dorado cherrión.

CUPIDO: Y Fitón, ¿quién fue?

BATO: Una fiera
serpiente, que se comía
los ganados, y este día 115
celebran monte y ribera
con juegos, que él ordenó,



de cantar, saltar, bailar,
hacer versos y luchar,
y todos los pierdo yo. 120

CUPIDO: ¿Cantáis vos?

BATO: Muy mal

CUPIDO: ¿Saltáis?

BATO: Mucho peor.

CUPIDO: ¿Hacéis versos?

BATO: Sí, señor; mas con perversos.

CUPIDO: Pues ¿cómo queréis ganar?

BATO: Porque como yo sabía 125
que lo peor se premiaba,
por lo mismo imaginaba que el premio
merecería.

CUPIDO: ¡Oh, qué cosa tan mal dicha!

BATO: Yo la he dicho muchas veces.

CUPIDO: Donde son dioses jueces, 130
culpad a vuestra desdicha;



que los dioses saben bien
quién merece premio o no.
Decid los versos, que yo
quiero ser juez también. 135

BATO: ¿Es dios su merced acaso?

CUPIDO: Decid, que yo os lo diré
después.

BATO: Ya van alahé,
pero quítese del paso:
en tomando su arco y flechas 140
Febo de un espetón
mató a la Sierpe Fitón,
y todos estos montes y riberas;
le hacen fiestas
saltando y bailando, 145
jugando y andando;
y dicen que el dios Cupido
nunca hizo tiro tan llocido,



porque es herrero su padre,
y su madre, por desastre, 150
le hubo en un sastre,
y nadie se asombre,
que era mujer, y no hombre,
y esto lo puedo jurar, 155
aunque nunca la vi nadar.

CUPIDO: ¿Hay más?

BATO: ¿Poco le parece?

CUPIDO: Si vos escribís así
¿Qué premio esperáis?

BATO: A mí
me han dicho que le merece.

CUPIDO: Pues porque jamás culpéislos 160
dioses, con este anillo
os premio.

BATO: Me maravillo,
si es fino, que me lo déis.



CUPIDO: Mirad que tiene virtud
 esa piedra para hacer 165
 que os quiera cualquier mujer.

BATO: Dios le dé vida y salud:
Silvia me burló mil veces,
hoy me tengo de vengar.

CUPIDO: Ya no podréis murmurar
siendo los dioses jüeces. 170

Finalmente. ¿a quién premiaron
de las ninfas?

BATO: Por mejores
en todas gracias de flores,
los cabellos coronaron

de Dafnes y de Sirena,
que cantando las dos, creo
que pudieran, como Orfeo,
suspender la eterna pena.

CUPIDO: ¿Dafne premiada?

BATO: ¡Pues no! 180

Tanto, que con dulce guerra
la miró Febo en la tierra,
y en el cielo se paró.

CUPIDO: ¿Febo la miró?

BATO: Es mujer
que se la pide a Peneo 185
mueso príncipe Aristeo.

CUPIDO: Desde aquí la pienso ser.

(Todos los pastores de fiesta, con instrumentos, y FEBO detrás coronado de roble, y DAFNE y SIRENA, de flores.)

ALCINO: En grandes obligaciones
 nos pone tu majestad,
 con hallarte, ¡oh, gran deidad!, 190
 en nuestros juegos fitones;
 con esto serán más claros.
 tú con más amor servido.

FEBO: Mi propio interés ha sido,

pastores, venid a honraros. 195

(Habla BATO con el Amor, y no le ve.)

BATO: Ahora, ilustre mancebo,
pues que no la conocéis,
la bella Dafne veréis,
veréis al valiente Febo;
mas ¿por adónde se fue? 200
que sin verle no es posible.

CUPIDO: Aquí estoy, pero invisible,
donde ninguno me ve;
desde aquí la flecha de oro
a Febo quiero tirar; 205
Diana ha de perdonar,
pues no ofendo su decoro;
por enamorar a Febo,
la de plomo a Dafne tiro.

(Tira dos flechas a DAFNE y a FEBO.)

FEBO: Parece que en Dafne miro 210



nuevo ser, semblante nuevo;

nunca tanto en su belleza,
como ahora reparé.

DAFNE: ¡Qué diferente miré,

de Febo la gentileza 215

de lo que la miro ahora!

Gallardo me parecía,
como al tiempo que salía
de los brazos del Aurora:

¡qué pena de verle tomo! 220

¡Qué mal talle! No merece
ser deidad.

CUPID: Ya le aborrece,

ya va haciendo efecto el plomo,
y el oro en Febo.

ALCINO: Pastores,

Febo querrá descansar; 225

volvamos a coronar



su templo de almas y flores.

(Éntrense todos cantando, y FEBO detenga a DAFNE.)

FEBO: Espera, Dafne, espera.

DAFNE: ¿Qué quieres?

FEBO: Hazme un favor.

DAFNE: ¿En qué te sirvo?

FEBO: Una flor 230

desa guirnalda quisiera;

ni es mucho a la primavera

pedir flores por favores,

que es propio tiempo de amores.

DAFNE: ¿Flores me pides a mí, 235

cuando al Aurora y a ti

deben los prados las flores?

FEBO: Lo que se puede tomar

no puede favor llamarse,

porque es cosa que ha de darse 240

si favor se ha de llamar.



DAFNE: El que a otro puede dar,
es forzoso conceder
que superior viene a ser,
y tu deidad perdería 245
si yo, de cosa que es mía,
le puedo favorecer.

FEBO: Dafne hermosa, la deidad
celestial naturaleza,
de cuanto es mortal riqueza 250
no tiene necesidad:
lo que pide es voluntad;
las demás cosas son vanas
para prendas soberanas,
y ésta falta entre las dos; 255
que siempre está pobre Dios
de voluntades humanas.

El olor del sacrificio,
desde la ardiente ceniza



los aires aromatiza, 260

porque en su piadoso oficio

es del corazón indicio,

y por eso juzgas mal

en llamarte desigual;

que es tal la fuerza de amor, 265

que puede hacer inferior

lo inmortal a lo mortal.

La violencia más segura

para hacer desde la tierra

a los mismos dioses guerra, 270

es la perfecta hermosura.

El oro y la plata pura,

las piedras, los minerales

y las perlas orientales,

las crío y engendro yo; 275

pero nunca el sol crió

esos ojos celestiales.



Que si pudiera mi mano
dar a tu belleza ser,
¿qué le quedaba que hacer 280
a Júpiter soberano?
Y aún pienso, y tengo por llano,
que tan perfecta y tan pura
belleza y rara pintura
ella misma se hizo a sí, 285
porque de otra que de ti
no fuera tanta hermosura.
Yo puedo hacer en la mina
el diamante y el rubí,
no engastar en carmesí 290
clavel tu boca divina:
con esto, Dafne, imagina,
si te parece extrañeza
que conquiste tu belleza,
que hasta un dios pudo rogar 295



por lo que le puede dar
la mortal naturaleza.

DAFNE:

Febo ilustre, yo nací
del claro río Peneo,
como sabes, semideo,

300

en cuya orilla crecí
hasta que las ninfas vi
de la triforme Diana,
a quien dediqué lozana

305

verde edad, que no hermosura,
y a su casta imagen pura
la parte que tengo humana.

Aristeo me pidió
por mujer, que de Tesalia
es Príncipe, y la acidalia 310
Venus tanto se enojó
de que le dejase yo
por seguir su casto coro,

que contra el justo decoro
a que me quieras te obliga, 315
porque, queriéndote, siga
las leyes de Amor, que ignoro.

Yo no quiero, ni he querido,
ni pienso querer jamás,
si todo el oro me das 320
de tus rayos producido:
muda el amor en olvido;
que aunque eres deidad, yo humana,
será tu esperanza vana
mientras más loca pretenda, 325
pues cuanto Venus me ofenda,
sabrás guardarme Diana.

(Vase)

FEBO: ¡Al autor de la luz tanto desvelo,
tanto desdén y desigual porfía!
Estoy por no salir, ni formar día, 330



aunque la Tierra se lamente al Cielo.

Caiga la noche de sí misma al suelo,
sin esperanza de la lumbre mía,
porque la caza que estas selvas cría
se envuelva en sombra de su eterno velo. 335

Suspende el arco al hombro, que profana
la ley de Amor, y si es buscar severa
fieras tu condición, dulce tirana,

¿qué fiera más cruel hallar espera
que la que tiene con belleza humana, 340
de piedra el alma, el corazón de fiera?

(CUPIDO se le pone delante.)

CUPIDO: ¿Adónde bueno, gallardo
Febo, el del famoso tiro?
Vienes de ver, por ventura,
las fiestas y regocijos 345
que a la muerte de Fitón
las riberas deste río



celebran con tanto aplauso
 de juegos y sacrificios?
 ¿O, codicioso de hacer 350
 suerte igual entre estos riscos,
 buscas otra sierpe fiera
 que derribe excelsos pinos,
 que devore los ganados,
 y rompa los edificios? 355
 ¿Adónde la dejas muerta?
 Que yo confieso que envidio
 las honras que estos serranos
 hacen a tu nombre invicto.
 ¿Qué dicha mayor que ver 360
 cómo eres dellos tenido
 por el mayor de los dioses
 que tiene el sagrado Olimpo?
 Adóranle cuantas ninfas
 habitan los extendidos 365



campos que riega Peneo
en círculo cristalino,
y más entre todas Dafne,
su hija, con quien he visto,
de la florida ribera 370
entre los verdes alisos,
tan tierna y enamorada,
que parece que yo mismo
la enseñaba los amores
que a tus requiebros ha dicho. 375
¿Cómo la dejaste ir?

FEBO: Mal nacido basilisco,
dulce afrenta de las almas,
grave error de los sentidos,
engaño de la esperanza, 380
tirano del albedrío,
sinrazón de la razón
y de la memoria olvido;



pasión del entendimiento,
 de la voluntad hechizo, 385
 suspensión de las acciones,
 humano con lo divino,
 y divino con lo humano;
 el más traidor que ofendido,
 por envidia y por venganza 390
 te burlas, rapaz, conmigo:
 ¿Parécete que es victoria
 haberme Dafne rendido?
 ¿Lo que su hermosura ha hecho
 atribuyes a tu oficio? 395
 Sus ojos, y no tus flechas,
 sus donaires, no tus tiros;
 que la hermosura perfecta
 no mata con artificio.
 Plega al cielo que te veas, 400
 siendo Amor, aborrecido,



y que te deje, a quien ames,
por hombre mortal e indigno,
y que por tus ojos veas,
abrasado en celos vivos, 405
sus dos almas, sus dos vidas,
en un cuerpo hermafrodito.
Oigan los dioses mis ruegos,
en cuya piedad confío
venganza de tus agravios, 410
y piedad de mis suspiros.

(Vase)

CUPIDO: No sé cómo, viendo a Febo
tan triste, el placer resisto;
pero sin comunicarse,
¿qué gusto jamás lo ha sido? 415
Voy a referir a Venus
sus trofeos y los míos.
Dafne huye, Febo adora,



yo triunfo. ¡Cupido, v́ctor!

(Salen DAFNE y SIRENA.)

SIRENA: ¿De eso vienes victoriosa? 420

DAFNE: ¿De qué quieres que lo esté

Con más razón?

SIRENA: Desdén fue

de mujer loca y hermosa;

¿dirás que de virtuosa

el desdén ha procedido? 425

DAFNE: Valor y virtud ha sido.

SIRENA: Yo no le doy ese nombre,
pues al que es dios y al que es hombre
tratas con un mismo olvido.

Que desechos a Aristeo 430

me parece necedad,

y de Febo la deidad,

vanaglorioso trofeo:

¡Que ningún amor ni empleo

tu condición te permita! 435

¡Qué nación el mundo habita,
que haya despreciado al sol,
desde el indio al español,
y del alemán al scita?

¡Ah, Dafne! Júpiter quiera 440
que no pague la locura
de emplear tanta hermosura
en ir siguiendo una fiera.

DAFNE: Yo sé qué premio me espera,
y no es esperanza vana, 445
cuando lo sepa Diana,
de cuyo coro me precio,
y por cuyo honor desprecio
toda la riqueza humana.

Mas cuando su celestial 450
compañía no siguiera,
menos a Febo quisiera,



porque me parece mal;
tanto, que en odio mortal
el respeto he convertido. 455

SIRENA: Si es gallardo y entendido
un hombre, ¿qué ha de tener
para quererte?

DAFNE: Nacer
con dicha de ser querido;
tanto sol no me conviene, 460
ni hay tan rudo labrador
que me parezca peor
de cuantos Arcadia tiene.

SIRENA: Venus le ama y le entretiene,
y día y noche le sigue. 465

DAFNE: Mal gusto.

SIRENA: El cielo te obligue
a hacer presto un necio empleo
en el sátiro más feo,



que tus melindres castigue.

Todas las que sois así, 470

arrepentidas lloráis

después que a todos vengáis,

como lo espero de ti.

DAFNE: Vete. Sirena, de aquí,

y no culpes mi desdén; 475

que como tú quieres bien,

hablas mal contra el decoro

de Diana.

SIRENA: De su coro

me río, y de ti también.

Nace al aurora la flor 480

vanagloriosa de sí,

y si pasa por allí

el gallardo cazador,

parece que de temor

de que la toque su mano, 485



aunque fue melindre en vano,
a las hojas se retira,
y cuando ya el sol expira,
la pisa el rudo villano.

Tu aspereza no es virtud, 490
sino necia vanagloria;
en tanto intenta victoria
tu loca solicitud:
yo culpo tu ingratitud,
de vana arrogancia llena. 495

DAFNE: Vete y déjame, Sirena;
que viciosa compañía
hará que juzguen la mía
por la libertad ajena.

SIRENA: Si es porque de Alcino soy, 500
yo estoy tan bien empleada
como tú estás engañada.

DAFNE: En mi daño si lo estoy:



vete con Dios.

SIRENA:

Yo me voy;

todo el tiempo lo sujeta: 505

tú verás si eres discreta,

y si yo la necia soy.

(Vase.)

DAFNE:

No hay cosa más importuna

que la persuasión de un necio,

cuando presume que sabe 510

y que enseña al que es discreto.

No de otra suerte combate

la roca en la mar al viento

las ondas de las aguas

una tras otra soberbio, 515

que como quien burla dél,

firme en su nativo asiento,

vuelve en espumas los golpes,

y en blanda risa los ecos:



así se cansa quien piensa 520

reducir mi entendimiento

a no seguir de Diana

limpia vida y trato honesto.

Por más imposible juzgo

que pueda querer a Febo, 525

que hacer solsticio sus rayos

un año en medio del cielo.

(Sale un ciervo por una puerta del teatro.)

¡Oh, qué valiente animal!

Tan alto y hermoso ciervo

no le ha criado el Arcadia: 530

seguirle y tirarle quiero.

¿Huyes? Yo sabré seguirte.

Yo mate este ciervo, y Febo

mate serpientes Fitones.

(Va tras él, y vuelve a salir por la otra parte.)

No pareces muy ligero, 535



ciervo gentil, por Diana,
 a quien humilde prometo
 de tu pardo morrión
 las plumas para trofeo,
 más que penacho marcial, 540
 cobarde muestra del pecho,
 de honrar su templo contigo:
 pero ¡ay, Júpiter! ¿Qué es esto?
 Burla ha sido de los ojos,
 cual suele pintar el sueño 545
 en el interior sentido
 formas de vanos efectos.
 ¡Ay Dios, ay triste, ay de mí!

(Por donde el ciervo se desaparece, sale FEBO.)

FEBO: Sosiega, Dafne.

DAFNE ¡Ay, cielos!

FEBO: Febo soy.

DAFNE: Pues ¿qué me quieres? 550



FEBO: Que me escuches.

DAFNE ¡Muerta quedo!

FEBO: Yo te truje con engaño
entre estos olmos y fresnos,
adonde apenas las aves
rompen el mudo silencio: 555
fingí el ciervo que seguiste;
hoy quedarán mis deseos
de tu desdén victoriosos,
pues aún apenas el cielo
nos puede ver, que las ramas 560
edifican verdes techos
para defender los troncos,
en que estriba su alimento,
contra las estrellas sirias,
que ladran por ofendellos. 565
Sosiégate, vuelve el rostro;
qué, ¿te turbas? ¿Tan grosero



villano me consideras?

DAFNE: Mi desdicha considero
y tu traición. ¿Esto hacen 570
dioses? ¡Qué gentil ejemplo
para los hombres mortales!

FEBO: Si lo fuera yo, sospecho
que me tuvieras amor;
tú estás sin mayor remedio 575
que trocar en voluntad
la fuerza.

DAFNE: ¿Fuerza? Primero
se harán pedazos los polos
en que estriba el firmamento,
y la rueda celestial 580
caerá desasida de ellos;
primero verán los hombres
trocados los elementos,
ligera el agua y la tierra,



pesados el aire y fuego; 585

primero aquellos diamantes
del cielo...

FEBO: ¡Oh, tanto primero!

Dafne, yo te adoro; yo
soy el que tengo el gobierno
del mundo; ya no es posible 590
que puedan mis brazos menos
que tus desdenes.

DAFNE: ¡Ay, triste!

¡Ay, infeliz!

FEBO: Cuando huyendo
fueras a aquellas regiones
que eternamente me vieron, 595
tengo de alcanzarte: Dafne,
espera.

DAFNE: ¡Valedme, cielos!

(Salen BATO y SILVIA.)



SILVIA: ¿Con ese talle querías,
Bato, que yo te quisiese?

BATO: Sí querrás, aunque te pese. 600

SILVIA: ¡Qué neciamente porfías!

BATO: Con la boca bien podrás
decir sí; que dices no.

SILVIA: En diciendo nones yo,
no diré pares jamás; 605
 estos son nuestros azares,
 estas nuestras condiciones.

BATO: Como ésas han dicho nones,
que después paran en pares;
 pues a fe que tengo aquí... 610

SILVIA: ¿A ver, por tu vida, a ver?

BATO: Dime si me has de querer.

SILVIA: Sí, resí, tatarasí.

BATO: Por ver, ¿qué no harán mujeres?

SILVIA: Si también tú dices no, 615



¿cómo es posible que yo
pueda pensar que me quieres?

BATO: Mira qué anillo.

SILVIA: Soy corta
de vista, en mi mano quiero
verle.

BATO: Pues jura primero. 620

SILVIA: Y mi palabra, ¿no importa?

BATO: La mujer no está obligada;
que por esto viene a ser
quien no la cumple mujer,
y es rueca la que era espada. 625

SILVIA: Plegue a Dios que, si lloviere,
ni pie ni mano me moje,
y que en la cama me arroje
cuando más sueño tuviere;
ni coma ni beba más 630
de lo que tuviere gana,



y si fuere de mañana,
no me levante jamás.

¡Mira qué gran juramento!

BATO: Alahé, que has de comprar 635
lo que dices, o morir
por ello.

SILVIA: Muestra, jumento.

BATO: Toma.

SILVIA: Mi Bato querido,
dámele.

BATO: ¿Quiéresme?

SILVIA: Pues.

BATO: ¡Verá el diablo! Verdad es; 640
sacudióla el dios Copido;
pero el hombre fue discreto
que aquel anillo me dio,
si por el dar entendió
la virtud de este secreto. 645



Ahora bien, dame un abrazo.

SILVIA: ¡Malos años para ti!

BATO: ¿Y el juramento?

SILVIA: ¿Yo?

BATO: Sí,

tú verás, llegado el plazo,

cómo llueve y no te mojas, 650

ni eres la mañana dueño

de tus pies, y que con sueño

sobre la cama te arrojas.

Ésta me ha engañado,

soy un tonto; engañarla quiero: 655

¿Silvia?

SILVIA: ¿Qué quiere el grosero?

porque sepa que me voy.

BATO: ¿No sabes como el Fitón

que mató Febo dorado

preñado estaba?



SILVIA: ¿Preñado? 660

¿De quién?

BATO: De otro serpentón
que salió de la barriga
aquella noche.

SILVIA: ¡Mal Año!

BATO: Tanto, que, temiendo el daño,
a que consulten obliga 665
la diosa Temis, y dice
que ha de comer solamente
toda mujer que no siente
qué es amor.

SILVIA: ¡Ay, infelice!

BATO: Las que engañan, y después 670
lo que prometen defienden,
las que piden, las que venden
el amor por interés,
las ingrata, las crueles.

las tontas, las bachilleras, 675

las que engañan con chimeras

a los amantes noveles,

las que toman los anillos.

SILVIA: ¡Ay, Bato, no digas más;

que esta noche me verás 680

al volver mis corderillos!

Pero porque no te vean

busca un pellejo de lobo,

y por uno y otro escobo

haz de suerte que lo crean, 685

porque me hables entretanto

que anda el prado temeroso.

BATO: Ser lobo es dificultoso:

tomalle no lo era tanto;

pero yo lo haré por ti 690

e iré a buscar el pellejo,

que lobo, zorra y conejo



me quiero volver; mas di:

¿quiéresme ahora abrazar?

SILVIA: Y ¡cómo si abrazaré! 695

BATO: ¡Oh, qué bien que la engañé!

SILVIA: ¡Oh, qué, palos le he de dar!

(Vanse.)

(Sale DAFNE huyendo.)

DAFNE: ¡Tened lástima de mí!

¡Favor, dioses inmortales,

no pueden desdichas mías 700

desacreditar deidades!

Si la virtud no os obliga,

¿cómo podrán los mortales,

temiendo vuestra justicia,

reprimir sus libertades? 705

¡Favor, piedad!

(FEBO dentro, como que viene de lejos.)

FEBO: ¿Dónde huyes



y de quién, hermosa Dafne?

Para, de piedad de ti,

ya que no de mí, a escucharme:

mira que de ti la tengo; 710

pues para que no te canses,

voy rogando a mis deseos

que se detengan y paren.

DAFNE: ¡Cielos, ya suena más cerca!

¡Árboles, cubridme, dadme 715

favor, pues falta a los dioses!

FEBO: No soy yo rústico amante,

no soy villano grosero;

tú verás, como me aguardes,

que sólo me manda Amor 720

que te mire, que te hable

con aquel cortés respeto



que es tan justo que te guarde.

DAFNE:

Parecéis malos jüeces,
deidades inexorables, 725
que en los reos no castigan
los delitos que ellos hacen.
¡Oh, Júpiter! Si tú fuerzas
a Egina, a Leda y Danae,
¿cómo detendrás a Febo? 730

FEBO:

¡Detente, Dafne, un instante!
¿Cómo sufres que tus pies
tantas espinas maltraten?
¿Quieres, por dicha, cruel,
que, como a la hermosa madre
de Amor, produzca la tierra
nuevas rosas de tu sangre?

DAFNE:

¡Ya le veo, yo soy muerta!

Peneo, mi dulce padre,

¡favor!

(Sale FEBO.)

FEBO: No dirás que he sido 740
tan veloz para alcanzarte
como corriendo los cielos,
aunque eres más bella imagen,
que por mi eclíptica de oro
forman eternos diamantes. 745

(Váyase DAFNE arrimando a la transformación.)

Ya no tienes dónde huir;
si quieres asegurarte,
en estos brazos te esconde.

DAFNE: Tierra, tus entrañas abre,
y en tu centro me sepulta. 750

(Transformándose en laurel.)

FEBO: Tente, espera; celestiales
dioses, ¿qué crueldad es ésta?
¿Un árbol queréis que abrace?



¿Qué lo dudo? Ramos son
que del duro tronco salen, 755
alma de aquella cruel:
venganzas son desiguales
de mis ofensas, Amor.

(DAFNE en el árbol.)

DAFNE: ¡Ay!

FEBO: Con qué voz lamentable,
temblando el árbol se queja 760
piadosamente suave:
¿Qué haré, que pierdo el sentido?
¡Que todo el cielo vengase
a Venus! ¡Ah falsos, dioses!
Produce, tierra, gigantes, 765
que intrépidos otra vez
intenten aposentarse
en el alcázar eterno,
de donde arrojados bajen:



poned montes sobre montes, 770

¡oh terrígenas titanes!

Y matadme a mí el primero,

si hay hombres que dioses maten:

¡oh, cielos, quién ahora, en tantos males,

pudiera ser mortal para matarse! 775

Árbol, aunque ingrato fuiste,

quiero en la muerte mostrarte

que fue mi amor verdadero,

porque no hay prueba que iguale

como, después de la muerte, 780

firmezas de voluntades.

Tú serás el árbol mío,

laurel quiero que te llamen,

aunque en tu dura corteza

su condición se retrate, 785

cubriendo un alma de bronce

y unas entrañas de jaspe.



Arrojo el roble, y desde hoy
quiero de ti coronarme:
desta rama haré a mi frente... 790

DAFNE: ¡Ay!

FEBO: Perdona; para honrarte,
corona que también sea,
para ilustres capitanes,
triunfo de insignes victorias
y premio de hazañas grandes. 795

Tú serás la verde insignia
de Césares imperiales,
lauréola de ingenios
en las científicas artes,
tú de poetas honor, 800
que de siglo a siglo nacen.

Pero ¿qué puede haber, Dafne, que baste,
si no tengo de verte, a consolarme?

DAFNE: Febo, el favor agradezco,



aunque arrepentida tarde; 805

que para ejemplo de ingratas

quiso el cielo transformarme

en el que llamas laurel.

Vengado estás; ya no aguardes

oír más mi voz.

FEBO: Temblaron 810

las ramas: ya el alma parte

a los Elisios. Permite,

si no he de oírte, abrazarte,

aunque es tanta tu dureza

que, para que no te abrace, 815

volverás a ser mujer

y volverás a matarme,

para que en vida y muerte no me falte

desdén que huya, ni beldad que mate.

(Sale, BATO)

BATO: Cosas mandan las mujeres 820



a los hombres, que es un necio
el que por tan caro precio
quiere, comprar sus placeres.

¿Adónde hallaré, en efeto,
este pellejo de lobo?

Silvia me tiene por bobo; 825
pues a fe que soy discreto.

Lo que para no envidiado
dicen algunos que basta,
y más no habiendo en mi casta 830
ni dichoso ni letrado.

Si ésta me cumple el concierto,
todos somos vengativos;
muchos lobos topo vivos,
y ninguno topo muerto. 835

Allí está Febo, a la fe;
él del pellejo dirá,
pues por esos mundos va



y cuanto hay en ellos ve.

¡Ah, señor Febo!

FEBO: ¿Quién llama? 840

BATO: Bato soy, aquel zagal
que le enseñó el animal
que le ha dado tanta fama.

FEBO: ¿Qué me quieres? Que recelo
que para tu daño sea. 845

BATO: Hanme dicho que voltea
por la maroma del cielo,
y véngole a pescudar
si en el mundo, nuevo o viejo
ha topado algún pellejo 850
de lobo que me enseñar;
que esta noche Silvia y yo...

FEBO: Villano, ¿burlas a mí?

BATO: Pues ¿con eso le ofendí?
¿De un pellejo se enojó? 855



FEBO: Mataréte

BATO: ¡Cielo santo,
favor! Al monte me subo.

FEBO: Aguarda.

BATO: ¡En qué poco estuvo
que me diese con un canto!

(Vase subiendo por el monte.)

FEBO: La Luna, mi blanca hermana, 860
está de creciente ahora,
ya de salir es la hora;
escucha, hermosa Diana.

BATO: ¿Si acaso me llama a mí?
¡Ah, señor! ¿Topó el pellejo? 865

FEBO: Si tú no, me das consejo,
Luna, ¿qué ha de ser de mí?
Ven, Diana, ven hermana.

BATO: Ya no me puede faltar:
¿Qué dice? ¿Que le he de hallar 870



en el templo de Diana?

Dios se lo pague, señor;
que ya voy por el pellejo.

(Vase.)

FEBO: Luna, de la tierra espejo,
y del cielo resplandor, 875
en quien la noche se toca,
y se miran las estrellas,
si la luz que en ti y en ellas
infundo sol te provoca,
óyeme en la tierra Febo. 880

*(Por lo alto un carro de plata; DIANA sentada en él con una
media luna en el tocado.)*

DIANA: Ya te escucho, hermano mío;
¿qué tienes? ¿De quién te quejas?

FEBO: De dos monstruos, madre e hijo,
incendios de tierra y cielo,
que a tu frígido epiciclo 885



solamente han perdonado.

DIANA: ¿Qué te han hecho?

FEBO: Ese Cupido,

ese hermano de la muerte,

ese decrepito niño,

envidioso de que hiciese 890

aquel celebrado tiro

con que di muerte a Fitón,

de Tesalia basilisco,

me hirió de amor de la hija

de Peneo, ilustre río, 895

que huyendo de mí, transforman,

airados siempre conmigo,

los dioses en árbol; mira

si me quejo, si suspiro,

si lloro con justa causa; 900

como a mi hermana, te pido,

si no remedio, venganza.



DIANA: Por esta luz que recibo,
 Febo, de tus claros rayos,
 y que doy por tantos siglos 905
 doce veces a los años,
 que ha de hacer que el mal nacido
 rapaz, por quien le aborrezca,
 de amor se abraze a sí mismo.
 Tú verás enamorado 910
 al Amor, nuevo prodigio
 al mundo; que esta venganza
 será por los mismos filos.
 No hay dios que esté bien con él,
 todos le han aborrecido; 915
 tú verás como le doy
 con mi castidad castigo.
 ¿No sabe Venus, no sabe
 que sus lascivos delitos
 descubren mis castos rayos? 920



Conmigo, Venus, conmigo.

FEBO:

Pues prosigue tu carrera,

luna de los ojos míos;

pisen tus ruedas de plata

los celestiales zafiros; 925

que ya se mira el Aurora

coronada de jacintos,

y las flores en los prados,

y las aves en los nidos,

hacen salva a su lucero 930

con las hojas y los picos,

para que mi carro de oro

trueque por el griego el indio.

*(Pasa el carro lo demás del teatro por lo alto, y acabe la
jornada segunda.)*



JORNADA III

(Sale CUPIDO)

CUPIDO: ¿Qué venganza del cielo,
qué ira de sus dioses soberanos,
con envidioso celo
del imperio que tengo en los humanos,
pena me dió tan nuevamente fiera, 5
que siendo el mismo Amor, de amores muera?
Aves enamoradas,
que destas selvas en el Buen Retiro,
o solas, o casadas,
no cantáis versos sin final suspiro, 10
y con ecos dulcísimos sonoros
amor y celos alternáis a coros;
fieras que las montañas
vivís en soledad, tal vez quejosas



de serlo mis hazañas, 15

faunos lascivos y silvestres diosas,

humor vital, vegetativas almas

de tantos cedros, plátanos y palmas;

Pastores deste prado,

que tantas veces abrasé de amores: 20

si hubiera yo pensado

lo que era yo, mis penas y rigores,

con más piadoso afecto hubieran sido

en mataros de amor temiendo olvido.

Tiré sin experiencia 25

de mi mismo dolor, que no sabía

de celos ni de ausencia;

maté sin ver que se acercaba el día

de dar a todos tan cruel venganza,

que me abrasa de amor sin esperanza; 30

cual suele en blanda cera

arder la luz y consumirse luego,



en mi abrasada esfera
soy alimento de mi propio fuego,
siendo en la cera, que mi fin recela, 35
mi propio ardor el alma de la vela.

Aves, fieras, pastores,
una ninfa cruel, una pastora,
mata al Amor de amores;
ya no hay amor, ni mata, ni enamora: 40
Sirena es ya, Sirena prende y mata,
y siendo Amor con el amor ingrata.

Quebrar el arco quiero
en este tronco de mi mal testigo,
pues de mí propio muero: 45
yo me maté, yo fui traidor conmigo:
que en tanta confusión, en tanto abismo,
yo mismo soy veneno de mí mismo.

(Sale, FEBO)

FEBO: Quedo, señor Amor, blanda la mano;



que este laurel es mío, 50

que tiene vida y sentimiento humano;

¿no ve que maltratarle es desvarío?

Si quiere enamorarle,

desde lejos podrá mejor tirarle;

que darle con el arco es bajo modo 55

para el alma que cubre esa corteza,

que tuvo en vida celestial belleza,

si con las flechas mata el mundo todo,

no mate con el arco bajamente;

abrase, tire, prenda, mas no afrente. 60

Si no le supo herir cuando vivía,

¿por qué le hiere muerto?

o le castiga porque no quería

ser más necia que fue.

CUPIDO: ¡Desdicha mía!

Vete, Febo, con Dios.

FEBO: Esto le advierto: 65



respete mi laurel, que ya corona

césares, capitanes y poetas.

¿Cómo no habla? ¿Cómo no blasona?

CUPIDO: Vete, Febo, por Dios, que mis saetas
te han vengado de mí; las que tiraba 70
se vuelven a mi pecho.

FEBO: ¿Cómo ha sido?
O ¿quién te hurtó las flechas del aljaba?
Ya soy tu amigo: cuéntame, Cupido,
tan grande novedad, que te prometo
sentir tus penas y guardar secreto. 75

CUPIDO: ¿Piensas, Febo, que el alma no te miro?
¿Ahora vienes a engañarme, Febo?

FEBO: De verte amar me admiro:
¿no eres tú Amor? ¡Qué prodigioso y nuevo
portento, amar Amor quien no le quiere! 80
¡Llorad, pastores, que el Amor se muere!

CUPIDO: ¡Basta, Febo, no más; ya estás vengado!



FEBO:

Cuantos males me has hecho, me has pagado.

Ahora, ingrato Amor, verás quién eres,
pues que, siendo el Amor,
de amores mueres. 85

¡Con qué traición mirabas,
con qué crueldad herías!
¡Paga, villano Amor, el mal que has hecho!

Las saetas trocabas,
y a Dafne me rendías, 90
en cuya nieve se abrasó mi pecho;
ya quedo satisfecho
de todos mis agravios
con verte, Amor, rendido;
mira de hoy más, Cupido, 95
cómo hieres los dioses y los sabios,
que tantas maldiciones
alcanzaron castigo a tus traiciones.

(Vase.)

CUPIDO: ¿Qué tal venganza he dado?

Aves, fieras, pastores, 100

venid a ver a Amor enamorado;

y dí los pasadores,

el arco y la cadena,

a la bella Sirena;

ella mata de amores, 105

ella sola es amor, ella enamora;

della os guardad, pastores, desde ahora;

que ya no soy Cupido,

sino el Amor, que fue de amor vencido.

(Sale VENUS.)

VENUS: Amor, ¿de qué te lamentas? 110

CUPIDO: De mí mismo, aunque acertara

cuando de ti me quejara,

que verme sin honra intentas.

¿vienes a ver mis afrentas,

por dicha?

VENUS:	Debes de estar loco.	115
CUPIDO:	Pudiera el pesar enloquecerme de triste, porque tú sola pudiste al Amor enamorar.	
VENUS:	Pues ¿estáslo, Amor, de mí?	120
CUPIDO:	Yo siempre de ti lo estoy, mas hoy que venganza doy al mundo, no fue por ti.	
VENUS:	¿Quieres bien?	
CUPIDO:	Señora, sí; y tú lo sabes mejor.	125
VENUS:	Mientes, Amor, que en rigor, por tus ardientes castigos ¿quién tiene más enemigos en cielo y tierra que Amor? ¿Nunca has visto en una voz	130



la gente de algún lugar
juntarse para matar
un fiero animal feroz,
que contra su furia atroz,
de que a todos parte alcanza, 135
cuál con dardo, cuál con lanza,
cuál con alabarda sale,
porque entre todos iguale
al agravio la venganza?
Pues esto han hecho, contigo 140
los dioses, y yo pudiera,
pues no hay en Tesalia fiera
como tú fuiste conmigo;
Marte en el cielo testigo,
como Adonis en el suelo: 145
pero puesto que recelo
la causa, dime quién es,
para ayudarte después



a pedir piedad al cielo.

CUPIDO: Dulce madre mía, 150

Lucero el mayor,

que del cielo esmalta

su azul pabellón;

divino planeta,

celeste esplendor, 155

prólogo del día,

preludio del sol,

a quien por benigna,

Júpiter le dio

del tercero cielo 160

la jurisdicción:

yo tuve con Febo,

cuando, cazador,

con valiente brazo

dio muerte a Fitón, 165

la cuestión que sabes,



de que procedió
el laurel de Dafne
con alma y sin voz,
quejóse a los dioses, 170
llamóme traidor;
no sé cuál de todos
a todos vengó.

Hay una serrana,
destos valles flor, 175
gloria de su aldea,
de su prado honor,
basilisco en vista,
humano y feroz,
ángel en belleza, 180
fiera en condición.

Nunca con tal risa
las hojas abrió
la rosa al rocío



del primero albor,	185
cuando Abril la esmalta	
del rojo arrebol,	
que ocultaba el Marzo	
en verde botón:	
parece que el cielo	190
jazmines tomó	
para hacer al rostro	
cándido color.	
Si pintar quisiera	
tanta perfección,	195
recibiera agravio	
su eterno pintor.	
Quien mira su brío,	
dice con razón	
que la primavera	200
por allí pasó.	
Yo la vi una fiesta	



que al valle salió;
no sé qué me dijo, 205
prestéla atención;
que el oír al ver
siempre fue veloz.
Miróme al descuido,
cuidado me dio;
que en viendo los ojos, 210
¡ay del corazón!
Reparando en ella,
un helado ardor
discurrió mis venas
y la alma llegó. 210
Pregunté la causa
del nuevo vigor,
respondióme el alma,
madre, que era yo;
de suerte, señora, 220



que yo mismo soy
el amor que tengo,
pues muero de amor.
Nunca su ponzoña
al áspid mató, 225
como a mí me mata
mi propio dolor;
del aljaba pienso
que se me cayó,
yendo a recostarme, 230
algún pasador,
y por este lado
de suerte me hirió,
que Amor, que era uno,
se ha partido en dos, 235
a cuanto le digo,
me responde: «No»,
porque todos dicen



que quiere un pastor;
como es igual suyo 240
presto se rindió,
que amores iguales
verdaderos son;
tales partes tiene,
que celoso estoy; 245
que hay gustos que dejan
por un hombre, un dios.
Ella viene, madre,
voyme de temor;
dile que me quiera 250
si tu hijo soy,
de mí no se queje
ningún amador,
yo renuncio el arco,
madre, desde hoy; 255
Sirena le tenga,



que al Amor venció;
madre, ya soy celos,
ya no soy Amor.

(Vase.)

(Salen SIRENA y SILVIA.)

VENUS:	Con justa razón se queja	260
	Amor. ¡Qué gentil mujer!	
	Mas necia debe de ser	
	si un dios por un hombre deja,	
	que implica contradicción	
	ser amor y no le amar.	265
SILVIA:	De hoy más te puedes llamar	
	vengadora, y con razón,	
	de las mujeres que amaron	
	y que mal pagadas fueron	
	pues que tus ojos rindieron	270
	a quien a tantos negaron:	
	notable dicha has tenido.	



SIRENA: Silvia, yo no estoy contenta,
 porque, cuando el Amor sienta
 que por Alcino le olvido, 275
 querrá, con desconfianza,
 vengarse en los dos celoso.

SILVIA: No hará; que en un poderoso
 es bajeza la venganza.
 Si un hombre de gran fortuna 280
 dos mil virtudes tuviese,
 como vengativo fuese,
 no tiene virtud ninguna;
 que es ofensa del valor
 el no saber perdonar. 285

SIRENA: Dirá Amor que es castigar
 mi amor porque es dios de amor.
 Ve, Silvia, y llámame a Alcino,
 hable con mi padre luego,
 que Amor, de sí mismo ciego, 290



podrá hacer un desatino;
casémonos, que después
él me guardará mejor.

SILVIA: Yo voy.

SIRENA: ¿Qué me quiere Amor?

Si es amor, lo mismo es 295
querer a quien he querido.

VENUS: A verte sola esperaba,
menos arrogante y brava,
más amor, menos olvido;
la madre del Amor soy, 300
Sirena, a quien tratas mal.

SIRENA: Yo, planeta celestial,
en tu misma esfera estoy;
no soy ninfa de Diana,
ni sus ejercicios sigo 305
por estas selvas.

VENUS: No digo



que no procedes humana
en querer a quien te quiere,
pero no de mejorarte,
pudiendo en más alta parte, 310
tu injusto desdén se infiere;
si mi Cupido te adora,
¿cómo ofendes su deidad
con ajena voluntad?

SIRENA: Antes presumo, señora, 315
que le ofendiera en mudarme,
pues siendo amor verdadero,
en sabiendo que a otro quiero,
podrá su ley castigarme.

VENUS: ¿Serás la primer mujer 320
que a dos en un tiempo quiera?

SIRENA: Seré la mujer primera
que a entrambos pueda querer;
el amor ha de ser uno,



esto bien lo sabéis vos, 325

porque la que quiere a dos,

no quiere bien a ninguno.

VENUS: Poco sabes del papel

del amoroso teatro,

porque a dos, a tres y a cuatro 330

puede entretenerse en él.

SIRENA: Entretener no es amar.

VENUS: Pues no ames y entretén.

SIRENA: Quiero bien, y querer bien

nunca dio tanto lugar; 335

que a la mujer que es dichosa

en querer quien la ha querido,

no le ha de quedar sentido

para querer otra cosa.

VENUS: Muchos galanes, señora, 340

acreditan la hermosura.

SIRENA: La mujer que honor procura



sin buena fama, no es buena.

VENUS: Nunca la verdad se infama;

la virtud ha de vencer. 345

SIRENA: ¿Qué virtud puede tener
quien no tiene buena fama?

VENUS: A la virtud que es segura,
no ofenden injustos nombres.

SIRENA: En habiendo muchos hombres, 350
es oficio la hermosura.

VENUS: ¡Qué bachillera cansada!

SIRENA: Obrar bien no es hablar mal.

VENUS: Métete monja vestal.

SIRENA: ¿Para qué si estoy casada? 355

VENUS: No has de gozar lo que quieres.

(Vase.)

SIRENA: Será injusto tu rigor,
 o enemigos del honor,
 mujeres para mujeres:

¡Qué consejos de una diosa! 360

¡Cuántas se pierden así!

(Voces de pastores, con silbos y estallidos de hondas.)

(Dentro.)

¡Aquí, pastores, aquí!

SIRENA: De todo estoy temerosa.

(Dentro.)

¡Al lobo, al lobo, pastores!

(Salga BATO con pellejo de lobo atado al pescuezo, que le cubre las espaldas, y la cabeza metida por la suya.)

BATO: ¡Qué desdicha! ¡Muerto vengo! 365

¿Adónde podré esconderme?

SIRENA: ¡Ay, triste! Una fiera veo:

¿Por dónde podré huir?

BATO: Por Dios, Sirena, te ruego
que me defiendas.

SIRENA: Él habla: 370

¡cielos, qué animal tan fiero!



Sátiro o fauno, ¿qué quieres?
 ¿Tan presto te vengas, Venus?

BATO: Que no soy sastre ni macho.

SIRENA: ¿Eres centauro?

BATO: ¡Eso es bueno! 375
 ¿Yo cigarro?

SIRENA: Pues ¿quién eres?
 ¡Ay, Dios!

BATO: Un lobo moderno,
 que aun no estoy examinado.

SIRENA: ¿Lobo? ¡Socorredme, cielos!
 Venus le envía a matarme. 380

BATO : ¿Qué viernes o qué embeleco?
 Mírame bien, que yo soy;
 ¿tengo, por dicha, otro gesto
 del que tuve siendo Bato?

SIRENA : ¡Ay, Bato! Perdona el miedo: 385
 ¿Podré tentarte la cara?



Yo, Sirena, que no estaba
ducho a ser lobo, el pellejo
que ves le quité a Diana,
porque me lo dijo Febo. 405

La Diosa, con el enojo,
cuando las cabañas entro,
solicitó los pastores
de valles, montes y cerros:
juntáronse contra mí; 410

yo, como era lobo nuevo
y no sabía el oficio,
en cuatro pies iba huyendo;
pero como no sabía,
apenas en pie me vieron, 415

huyeron, imaginando
que fuese algún dios mostrenco;
porque hay en Arcadia tantos
que ya nos damos con ellos,



pues solamente no es dios 420

el que no tiene dinero.

De pedradas, finalmente,

y mordeduras de perros,

que por poco me mataran,

tal he quedado, que creo 425

que soy lobo, y así voy

a llevarle su pellejo

y pedir que me perdone;

que Amor, autor de embelecos,

tuvo la culpa de todo. 430

SIRENA: Él viene, y viene a buen tiempo:

pídele, Bato, justicia

de Silvia.

BATO: Ya no me atrevo;

que como andan estos dioses

con tantos enojos, temo 435

que me convierta en gazapo,



o por ventura en vencejo;
y conozco un arcabuz
que está en tirallos tan diestro,
que ha despoblado los aires, 440
y no se halla uno dellos
por un ojo de la cara:
pues si en toro me convierto,
sin que lo sepa la muerte,
dará conmigo en el suelo. 445

(Vase.)

(Sale CUPIDO.)

CUPIDO: ¡Oh, bellísima Sirena!
No sin causa tan amenos
hallé los prados de Arcadia,
que obedientes florecieron
a la estampa de tus pies. 450
Pienso que mi madre Venus
habló ya contigo.



SIRENA: Aquí
 me dijo tu pensamiento;
 yo le respondí que amaba
 y que, amando, fuera yerro 455
 culpable amar otro amor.
 Dilo tú como maestro
 de amar, y como quien es
 el legislador y dueño
 desta universal razón; 460
 di que sin culpa me siento,
 pues tú fuiste quien de Alcino
 me enamoró; mas yo quiero
 quererte si tú me das
 la libertad para hacerlo. 465
 Desenamórame, Amor.

CUPIDO: Si soy Amor, cómo puedo
 ser desamor? Ese oficio
 hace la ausencia, los celos



o la ingratitud.

SIRENA: Pues todo 470

te ofrece el mismo remedio;

cánsate de verme ingrata,

y pues celoso te veo

de Alcino, auséntate, Amor;

mas ¿cómo ignoras, con serlo, 475

que amor con amor se cura?

Quiere bien otro sujeto:

podrá desenamorarte.

CUPIDO: Toma tú el mismo consejo,

y enamórate de mí: 480

verás cómo olvidas luego

a Alcino.

SIRENA: No puede ser,

si no me quitas primero

el amor que tú me diste.

(Salen SILVIA y ALCINO.)



ALCINO:	Mucho, Silvia, le agradezco que quiera que hable a su padre; que temo algún mal suceso como el de Dafne, que hoy lloran con turbias aguas Peneo y el Príncipe de Tesalia, que emprendió su casamiento.	485 490
SILVIA:	Ella, que te adora, Alcino, quiere poner tierra en medio con casarse; que este Amor anda en perseguirla necio, cuanto ella en aborrecerle discreta.	 495
ALCINO:	Detente. ¡Ay, cielo! ¿No es Cupido aquel? ¡Ay, Silvia, qué buen aborrecimiento! <i>(Amor y SIRENA juntos.)</i>	
SILVIA:	Sí, pero yo diferencio	500



el hablar por accidente
de haber sido por conciertos.

ALCINO: No, Silvia, en la selva solos;
si del mismo Amor no tengo
celos, ¿de quién quieres, Silvia, 505
que tenga en el mundo celos?

SIRENA: Amor, Alcino está allí;
que no le demos, te ruego,
celos; que te doy palabra
de amarte en llegando el tiempo 510
de llevar a la montaña
el ganado, pues con esto
y su ausencia habrá lugar.

CUPIDO: El capítulo primero
de amar, es obedecer; 515
yo me voy, y te obedezco.

(Vase.)

ALCINO: No sé cómo acierte a hablarla.



SIRENA: Nunca tuve más deseo
de verte, mi Alcino.

ALCINO: Aparta
los brazos, detén el pecho; 520
que si en él ha entrado amor,
¿cómo podrán estar dentro
dos amores? Muchos años
le goce; que yo no emprendo
competencia con los dioses: 525
ni soy Tifón ni Japeto.

SIRENA: ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

ALCINO: En ti no estoy, que es lo cierto;
ni en mí, que, si en mí estuviera,
nunca viera lo que veo, 530
con los ojos no hay engaño;
adiós, que al monte me vuelvo:
si bajare al prado, plega...

SIRENA: Bueno está sin juramento;



vete, pues gustas, Alcino, 535

de tratar con tal desprecio
a quien deja un dios por ti.

ALCINO: ¿Tú le dejas?

SIRENA: Yo le dejo.

ALCINO: ¿Cómo, si le tienes?

SIRENA: ¿Yo?

SILVIA: Buenos andáis de conceptos; 540

ea, Alcino, habla a Sirena.

ALCINO: ¿Qué le hable yo primero?

SILVIA: Quédate ahí como él plega;

que se está el cielo riendo

de los amantes perjuros: 545

Sirena, no des con esto

venganza a Amor, da los brazos

a Alcino.

SIRENA: ¿Quién, yo primero?

SILVIA: ¡Que venganzas tiene Amor



tan tiernas!

SIRENA: Yo no me vengo. 550

ALCINA: Pues si yo también me enojo.

SIRENA: Pues confiese, como es cierto,
que yo no he tenido culpa.

ALCINO: Que soy tu esclavo confieso,
y que mis brazos te doy. 555

SIRENA: ¡Ay, Alcino! ¡Ay, Dios! ¡Ay, muero!

(Estará de pies SIRENA en la trampa del teatro, y al abrazarse los dos, se hundirá SIRENA.)

ALCINO: ¡Oh, Júpiter soberano!
Sirena, Sirena, ¿quién
te lleva?
(Dentro SIRENA.)

SIRENA: ¡Alcino!

ALCINO: ¡Mi bien!
Pero ¿qué te llamo en vano? 560

SILVIA: ¡Qué desdicha! Por aquí



se entró.

ALCINO: Seguiréla yo.

(Salga una fuente de agua hacia arriba.)

SILVIA: El agua se convirtió.

ALCINO: Lo mismo será de mí,

Sirena del alma mía; 565

agua son ya tus despojos,

pues hechos fuentes mis ojos,

te harán, de hoy más, compañía;

heroica hazaña de amor

convertir en agua el fuego, 570

por ver si en ella me anego;

más fue industria que valor:

vuélveme en agua, y tendremos

un mismo fin; vengarás

tu pecho; mas no, querrás 575

para que no nos juntemos.

¡Triste padre cuando oyere



el suceso, y triste yo:
selvas, Sirena murió;
selvas, Alcino se muere! 580

(Vase.)

SILVIA: Airados están los dioses,
Arcadio, contra tus selvas.

(Sale BATO)

BATO: Aquí está Silvia, alahé;
que, aunque nunca Amor se venga,
me lo ha de pagar ahora. 585

Pues Silvia, ¿es buena conciencia
que me pongas por quererte
en hábitos que me muerdan
cuantos perros tiene el monte,
que los hay de mil maneras, 590
invisibles y visibles?

SILVIA: ¡Ay, Bato, que desas quejas
no es tiempo ahora! Cupido,



viendo inútiles sus flechas,
convirtió a Sirena en agua. 595

BATO: ¿Tenemos otra lobera?

SILVIA: Pluguiera a Dios: por aquí,
Bato, asoma la cabeza;
verás qué fuente tan linda.

BATO: Mas qué, ¿me arrojas en ella? 600

SILVIA: ¿Estas lágrimas son burla?
(Sale una llama de fuego.)

BATO: Voy a verla. ¡Que me queman,
que me abrasan!

Silvia: ¿No era fuente?

BATO: Chamuscóme las guedejas.

*(Cae un lienzo de lo alto en forma de palacio, que dejándolos en
el teatro a los dos, cubre todo el monte.)*

SILVIA: ¡Ay, Bato! ¿Quién por el aire, 605
sin que los cuerpos lo sientan,
nos ha traído a esta casa?



BATO: Silvia, tú eres hechicera;
que desde aquello del lobo,
no es posible que no seas 610
o la hija del Sil, Circe,
o la de Colchos, Medea.

SILVIA: ¿Yo? ¿Cómo si estoy sin mí?
Ni ¿qué encantadora hubiera
que formara este palacio? 615

BATO: Las columnas que sustentan
la machina son de jaspe
y de mil preciosas piedras.

SILVIA: Locos debemos de estar,
porque por aquella puerta, 620
si no es engaño o es sueño,
salen Cupido y Sirena.

BATO: ¡Sirena está viva! Júpiter
con bien me vuelva a mi tierra,
que desde lo del pellejo 625



ande, como ánima en pena.

(Salen CUPIDO y SIRENA, y criados que les ponen sillas.)

CUPIDO: Sirena, yo soy Amor;
no temas, yo vivo aquí,
todo lo que ves, fingí
de celos de tu pastor. 630

SIRENA: Justo ha sido mi temor,
dulce Cupido, hasta verte;
que fuera venganza fuerte
e indigna de tu poder,
por querer y no querer 635
darme tan injusta muerte.

CUPIDO: Siéntate.

SIRENA: Dime quién son
Los que te sirven aquí.

CUPIDO: Los celos, que van tras mí,
linces en toda traición, 640
la fineza, la ocasión,



la esperanza y la mudanza.

SIRENA: Buen criado la esperanza.

CUPIDO: Y entre éstos, con plaza igual,
los que siempre sirven mal. 645

SIRENA: ¿Quién?

CUPIDO: La ausencia y la venganza;
mas por que segura estés,
llega, Silvia; llega, Bato.

SIRENA: Serán los dos en retrato.

CUPIDO: Serán los mismos que ves. 650

BATO: Danos, señora, los pies.

SILVIA: Y en albricias de tu vida,
que yo los brazos te pida.

BATO: Estoy de contento loco.

CUPIDO: ¡Hola! ¡Mientras duermo un poco, 655
aperciban la comida.

BATO: Esta sí que es buena casa;
que sin comer no hay placer,



porque hay dios que sin comer
toda la vida se pasa. 660

SILVIA: Nunca del Amor fue escasa
la mano; aquí comerás
ambrosía.

BATO: Por jamás
supe yo que era ambrosía:
di que me den ollería, 665
que de eso conozco más.

SIRENA: Quedóse dormido Amor.

SILVIA: Debe de andar desvelado:
cuando tiene el bien hallado,
duerme un amante mejor. 670

BATO: Por allí suena rumor.
(Baja DIANA por el aire.)

DIANA: De esta suerte, mi venganza
a Venus y a Amor alcanza.

SIRENA: ¡Ay, Dios! ¿Quién me lleva?



DIANA: Yo.

(Asiendo DIANA a SIRENA, vuelan juntas.)

BATO: Silvia, todo se mudó. 675

SILVIA: Todo es venganza y mudanza.

(El palacio se sube arriba, y queda descubierto el monte.)

CUPIDO: ¿Qué es eso, Sirena mía

BATO: ¿Cuál Sirena? Aquí bajó

quien volando la llevó

por adonde nace el día. 680

SILVIA: En la cabeza traía

una luna plateada.

CUPIDO: ¿Qué es esto, Diana airada?

¿En fe de tu castidad

te atreves a mi deidad? 685

¿Ya no estabas bien vengada?

¡Vive el cielo, que has de arder

de amores de Endimión,

si tanta contemplación



poderosa puede ser! 690

Estos deben de tener

la culpa por no avisarme.

¡Matarlos quiero y matarme!

BATO: ¡Huye, Silvia, que está loco!

SILVIA: ¡Muerta soy!

(Huyen los dos.)

CUPIDO: ¡No lo estoy poco695

de amor y de no vengarme!

Bien se conoce que ha sido

venganza de cielo y tierra

este rigor, esta guerra,

este desdén, este olvido: 700

¿Yo rendido, yo vencido,

yo celoso y despreciado?

¿Quién hubiera imaginado?

O ¿cómo pudiera ser

que el mundo llegara a ver 705



el Amor enamorado?

Conjurados contra mí
los dioses, dieron lugar
que se pudiese vengar
Diana y Febo de mí: 710
poder y nombre perdí;
veneno tan abrasado;
mas fuerte fue quien me ha dado
que Amor de mi propio amor,
soy, para pena mayor, 715
el Amor enamorado.

Montes, la locura mía
crece en venganza de Febo
y aunque en el amor no es nuevo,
no era yo quien le tenía: 720
yo le daba y repartía,
quedándome descuidado,
y hoy tengo, sin ser amado,



el amor que a todos di,
para que se viese en mí 725
el Amor enamorado.

Si de la muerte el rigor
mata, la muerte no muere,
lo mismo de amor se infiere
¿cómo muere Amor de amor? 730

Mas ¿de qué sirve el furor,
si no voy desesperado
a vengarme del cuidado
que mi propio amor me da?
guardaos, mortales, que va 735
el Amor enamorado.

(Vase.)

(Salen FEBO y DIANA.)

FEBO: Estoy agradecido,
bellísima Diana,
del castigo que has dado justamente



al bárbaro Cupido, 740

no sólo yo, mas cuanto de la humana
historia el mundo reconoce y siente.

DIANA: Febo, la novedad del accidente
de amor le vuelve loco.

FEBO: Para lo que merece, todo es poco. 745

DIANA: Lo que importa es casar los dos amantes,
que puede ser que intente un desvarío
en los que menos pueden.

(Salen LISENO, viejo, padre de SIRENA, y ALCINO.)

LISENO: Mis lágrimas, Alcino, son bastantes
a vencer la corriente deste río 750
cuando las tuyas por su Dafne exceden
las ondas de la mar.

ALCINO: Si de Sirena,
Liseno, hubieras visto la desdicha,
más fuera tu dolor, mayor tu pena.

LISENO: ¿Soy fiera yo, por dicha, 755



de los montes rifeos?

¿Serán más eficaces tus deseos

que la naturaleza?

Yo lamento, mi ser, tú su belleza:

¿qué amor, que sentimiento 760

puede igualar a un padre?

ALCINO: El de su esposo,

pues concertado ya mi casamiento,

la pierdo con un fin tan lastimoso.

LISENO: Piadoso el cielo fuera,

si el cuerpo de Sirena me dejara, 765

que a un mármol consagrara,

donde sus honras fúnebres hiciera

con llanto del Arcadia; mas el cielo

aun no me quiso dar este consuelo.

DIANA: El viejo padre me entenece, Febo. 770

FEBO: Diana, pues con él viene su esposo,

antes que algún engaño intente nuevo



el ofendido Amor, será forzoso
que llegue el desengaño.

DIANA: Lo que es razón intentas. 775

FEBO: Liseno.

LISENO: Febo ilustre.

FEBO: ¿Qué lamentas?

LISENO: A Sirena, mi hija, que me ha muerto
con un traidor engaño,
por tu venganza, Amor.

FEBO: Sirena vive.

ALCINO: ¿Cómo, si yo la vi morir?

FEBO: Sí es cierto 780

los brazos le apercibe,
y tú de esposo la dichosa mano,
que fue de Amor el pensamiento vano.

(Abriéndose el templo de DIANA, se ve a SIRENA en él.)

LISENO: Pastores destas riberas
que visteis mi tierno llanto, 785



venid a ver mi alegría:

¡Sirena vive!

SILVIA: Lisardo,

Jacinta, ¡corred, llegad!

(Los pastores y pastoras salen con instrumentos, y SILVIA y BATO.)

BATO: ¿De quién ha sido el milagro?

LISENO: De Febo y Diana.

BATO: Quisiera 790

echarme a los pies de entrambos,

ya que ayer se me perdió

una borrica en el prado:

por ventura sabrán della,

y yo les daré su hallazgo. 795

(Cantan los MÚSICOS.)

MUSICOS: Vivan Febo y Diana,

gocen sus rayos,

y Sirena y Alcino



(En este baile y relinchos entren VENUS y CUPIDO, y los aparten.)

VENUS: Y yo soy Venus, Diana;
que si los dos sois hermanos, 805
Cupido es mi hijo.

VENUS: ¿Tú conmigo?

FEBO: ¡Venus, paso!

¡Mi hermana es Luna en el cielo!

VENUS: ¿Qué importa, si es el más bajo?

FEBO: En el centro Proserpina,
 Diana en selvas y campos. 815

BATO: Temo que se han de matar,
 que ya aperciben los arcos.

SILVIA: ¡Ay, Bato! ¡El cielo se rompe!
 ¡Todo es trueno, todo es rayos!

(En este ruido baje en un águila JÚPITER.)

JÚPITER: Dioses, ¿queréis, por ventura, 820
 con tan recios desagravios,
 desconcertar la armonía
 de los cielos soberanos?
 Tú, Venus, ¿desde el tercero
 quieres oponerte al cuarto 825
 Príncipe y Rey de la luz
 del estrellado teatro?

VENUS: Yo, señor, desde aquí digo
 que mi hijo y yo dejamos



a tu arbitrio la sentencia. 830

JÚPITER: Si Febo por tus engaños,
Amor, a Dafne perdió,
la razón, a quien han dado
nombre de alma de la ley,
dice que es derecho llano 835
que Amor no goce a Sirena.

ALCINO: Como de Júpiter santo
es la sentencia.

CUPIDO: No importa;
de él y de todos aguardo
vengarme presto.

ALCINO: Yo sea, 840
Sirena mía, entretanto
tu esposo, y vénguese Amor.

BATO: Señor Júpiter sagrado,
antes que se vuelva al cielo
en ese buitre volando, 845



mande a Silvia que me quiera.

JÚPITER: ¡Silvia!

SILVIA: ¡Señor!

JÚPITER: ¡Quiere a Bato!

SILVIA: Yo te obedezco.

FEBO: Y aquí,

divino planeta cuarto,

Luna, madre de otro sol,

850

que gocéis por muchos años,

dé fin en vuestro servicio

El Amor enamorado.

